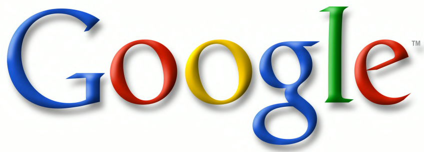

Google


SIGILLUM ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV·ANG·
CHRISTO ET ECCLESIAE

Francisco M. Montesino.

LA NOCHE TRÁGICA

INFAMIA Y CASTIGO

CON UN PROLOGO

POR

M. Morúa Delgado.

VALE UN PESO ORO.

HABANA.

IMP. Y PAPELERIA "LA UNIVERSAL," DE RUIZ Y HNO.,

SAN IGNACIO NUMERO 15.

1891.

LA NOCHE TRÁGICA.

LA NOCHE TRÁGICA

(INFAMIA Y CASTIGO)

RELATO HISTORICO

ORIGINAL DE

Francisco Martinez Montesino,

CON UN PRÓLOGO

POR EL REPUTADO ESCRITOR

Martin Morúa Delgado.



HABANA

IMP. Y PAPELERIA "LA UNIVERSAL" DE RUIZ Y HNO.

SAN IGNACIO NUM. 15

1891

Cuatro palabras.

Cediendo al deseo de ocupar en algo mi existencia, me regocijo con ser útil á los hombres, refiriéndoles, conforme los hechos se han ido sucediendo, las faltas y desgracias de sus semejantes; y al mismo tiempo dándoles á conocer las reflexiones que me han sugerido sus errores y el estudio que he hecho del carácter y de las pasiones que les han obligado á cometerlos y que han llevado tras sí, por lo regular, el crímen y el castigo.

Sábese por convicción propia que la experiencia agena de nada nos sirve: la nuestra, que á veces pagamos cara, nos es inútil; cometemos falta tras falta; nuestro corazón no ha dejado de sufrir cuando de nuevo lo apenamos; una llaga sucede á una cicatriz, y de este modo nos sorprende la muerte sin haber

logrado adquirir el reposo y la experiencia que tanto necesitamos.

Estas breves consideraciones no me las dicta la pretensión ridícula de moralizar la humanidad; juzgándolas necesarias no he vacilado en estamparlas al frente de este «Relato,» el que, lleno de deficiencias, no puede ofrecer al lector los detalles estéticos y las dramáticas peripecias que constituyen la moderna escuela noveladora.

Este libro no contiene de la novela mas que la forma. En su argumento he procurado desarrollar un estudio de las miserias del mundo y de las trasgresiones de la justicia humana, siguiendo esa lucha ruda y constante que viene sosteniendo la humanidad, impulsada por la ley de los afectos, ideal hermoso, marcado por la mano de Dios en el corazón de los siglos.

El estilo empleado en *La Noche Trágica*, acusa á los ojos del prologuista un romanticismo extremado. Cúlpese á mis años, á mi carácter y en manera alguna á mi voluntad; pues acostumbrado al estudio de los ideólogos ya sean Dumas, Daudet ó Montepin, ¿qué de particular tiene que me haya identificado con las concepciones de cuantos han «vagado por una región imaginaria?»

Montesino.

Dedicatoria.

Sr. D. Ricardo Nargánes.

Al tener el honor de dedicar á V. este libro no lo hago influenciado por intereses bastardos; sino que, conociendo las vivas simpatías que inspiran á V. las letras, confío en que su decidido apoyo ha de serme provechoso y servirá de escudo á las deficiencias de mi obra, la justa estimación que disfruta el nombre de V. en la esfera de la Sociedad. Hoy le ofrezco poco, pero cuando el estudio y la experiencia me hagan apto para sentir las desgracias y cantar las alegrías humanas, tal vez interprete á los que con los útiles del trabajo subsistente arrostran en el piélago de la vida la maldición que lanzó Dios á los hombres. Acoja mi humilde fruto intelectual con la benévola consideración que le profesa

Francisco Montesino.

Prólogo.

Sr. D. Francisco Montesino.

PRESENTE.

Mi joven amigo:

He leido con suma satisfacción su aventajado ensayo romancesco. «La noche trágica» anuncia venturosamente al futuro novelista, poético-prosista, que con nuestros conocidos talentos compartirá los lauros que en su tiempo ha de alcanzar, seguramente, la literatura cubana.

Abrigo la esperanza de verle á V. brillar mucho, y esto así, porque me complazco en creer que su segunda obra, fruto más sazonado de su fecunda y genial inventiva, escojerá algún tema de palpitante significación social, y

conformará su plan á los moldes que le brinda,—para mayor lucimiento de las facultades que á usted favorecen—la moderna universal tendencia, decididamente señalada, de la ficción literaria.

El estilo de V., culto y galano, suavizaría en alto grado,—al ser por V. tratado—la aspereza del extremado realismo que en estos momentos suele deleitar mas cuanto menos se acerca á la realidad de la naturaleza.

Los méritos que resaltan en su laboriosa composición, demuestran los alcances intelectuales que aún atesora el autor; y si, atento al desarrollo natural de las personas y á la imperturbable evolución de nuestra sociedad, que, como todas las demás, se desenvuelve y marcha al obtenimiento de su civilizadora perfección, se empeña V. en cultivar el naturalismo en su mas noble pureza,—de seguro que no tardaré en verle á V. elevado á la por todos ambicionada cúspide triunfal que le habrán conquistado, conjuntamente con su entusiasta ejercicio, las imágenes hermosas que produce su exhuberante y artística fantasía.

Reciba mi aplauso espontáneo y sincero, y, como amistosa observación, procure siempre alejarse tanto del popularizado Montepin como del desafortunado Lopez Bago.

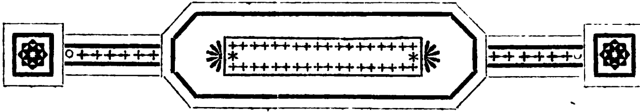
Las escuelas que ambas medianías preten-

den seguir, no carecen de bastante bueno que escoger; pero esas escuelas á que obedecen, según su más ó menos pujanza intelectual, no podrán jamás independizarse en ninguna obra novelesca de mérito. Ahora bien, mi querido amigo; hay que medir con exactitud la distancia y colocarse con resolución precisamente en el centro.

Queda, como siempre, de V. su afectuoso amigo,

M. Morúa Delgado.

S|c. Habana, Mayo 12 de 1891.



LA NOCHE TRÁGICA

I



VANZABA el mes de Enero triste y frio.

En las primeras horas de una apacible mañana en que el sol como un monarca absoluto en medio de sus dominios, ostentábase soberbio en un cielo que figuraba un manto de terciopelo azul, esparciendo sobre la ciudad cubierta aún con las brumas de una noche tempestuosa, sus rayos rubicundos, que semejaban flechas auríferas; una muchedum-

bre compacta agitada en la apariencia por una especie de fiebre, se agolpaba en las inmediaciones de una casita situada á un lado del camino que se extiende entre el Vedado y la Habana, á consecuencia del asesinato cometido en la persona de un anciano.

Aquella multitud obstruía el camino á derecha é izquierda en toda su anchura, y, embriagada en su propio furor, se entregaba á conversaciones confusas y ruidosas.

En el patio, que rodeaba una verja de hierro se hallaba parado un grupo de seis personas, todas con bastones de borla.

Era el juzgado.

La multitud lo miraba con gran atención.

Hubo un momento de silencio.

Luego aumentó el ruído, sordo y prolongado, parecido al rumor que forma el Occeáno cuando las olas, agitadas, se estrellan contra los riscos.

Al cabo de un rato aquella avalancha se extremeció involuntariamente.

Y aunque no se comprendía ni el objeto ni el sentido, revelaba algo de terrible.

Entre un confuso rumor se oían difícilmente estas palabras:

¡Ya lo sacan, ya lo sacan!

La embriaguez febril de aquella gente llegó á su colmo.

Una camilla conducida por cuatro hombres y seguida por dos agentes de policía, acababa de salir de la casa.

Se detuvo ante el juzgado.

El juez hizo una seña y uno de los agentes se acercó á él.

Pero en aquel momento, un hombre jadeante, medio ahogado, en mangas de camisa y con la cabeza descubierta, se arrojó sobre aquella oleada humana, logrando atravesar, con gran dificultad, aquel mar agitadísimo.

La multitud, ó mejor dicho, aquel populacho, se indignó; y á no ser por la policía, aquel infeliz pereciera destrozado.

Por fin el hombre se enfrentó con un agente.

¿Quién es usted y que quiere?—le preguntó el policía.

¡Quiero hablar enseguida al señor juez!—dijo el pobre hombre todo agitado.

El señor juez no puede oirlo ahora,—murmuró el agente.

Pero el magistrado oyó las últimas palabras, y adelantándose, dijo:

Aquí estoy. ¿Para qué se me quiere?

El hombre se acercó al juez y sin la menor fórmula de cortesía, profirió:

¡Vengo á decirle que acabo de ver á un hombre muerto!

¡Un hombre muerto!...—repitió el juez con voz alterada.

¡Sí, señor!—afirmó el desconocido.

El magistrado temblaba.

¡Se ha cometido, pues, otro crímen!—murmuró.

Seguramente—añadió el hombre.

¿Por quién?... ¿con qué objeto?—preguntó el juez involuntariamente.

¡Ah, señor, eso!...—articuló el interrogado.

¡Basta!—exclamó el juez.

Y acto contínuo añadió:

¿En qué punto está el cadáver?

Cerca, señor.

Bien; guíenos usted.

Y el juzgado, precedido por el incógnito noticiero, echó á andar seguido por un gentío ávido de fuertes y curiosas emociones.

Cinco minutos despues el guía se detuvo rápidamente.

El juez adelantándose:

¿Y bien?...—preguntó.

El hombre levantó el brazo é indicando un gran peñasco que se alzaba al pié de un arbol, dijo:

¡Allí!...

El juzgado se adelantó, viendo en el lugar mencionado á un hombre que presentaba la cabeza horriblemente mutilada.

Este indivíduo, cuya muerte coincidía con el crímen misterioso del anciano, no pudo ser identificado; y según la nota que tenemos á la vista y que nos sirve de base para la confección de este verídico relato, era inquilino de la casa antes citada.

La muerte misteriosa de este hombre, databa, según certificación facultativa, de seis á siete horas, las mismas que mediaban entre el asesinato del anciano y la llegada del juez.

Miéntras declaraba el indivíduo que dió conocimiento del suceso y que, dicho sea de paso fué puesto en libertad despues de *seis meses* de detención preventiva, se presentó un policía manifestando al juez haber encontrado por aquellos alrededores un caballo con su montura, cuya propiedad no fué conocida.

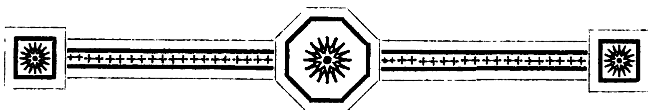
Todos estos detalles eran misterios, pero misterios impenetrables.

Y el público, vivamente impresionado, confiaba en que la pericia del magistrado instructor, lograría esclarecer las tinieblas que envolvían aquellos sucesos; pero éstos quedaron impune, no por impotencia jurídica sinó porque la única persona que podía hacer luz en el sumario era una preciosa jóven de diez y seis á diez y ocho años que fué encontrada por la justicia junto al cadáver del anciano.

Temblor nervioso agitaba todo su cuerpo, y sus ojos, inyectados, daban á su semblante pálido, una expresión sombriamente extraña.

Interrogada respecto de su estancia en aquel lugar, sus respuestas, vacías de sentido, hicieron que el juez ordenara fuese reconocida por el facultativo forense, el cual informó, despues de un exámen detenido, que la jóven se hallaba bajo el imperio de la más horrible de las enfermedades: la enagenación mental.





II



A mediados del año de 188...., ó sean tres antes del en que dá principio nuestro relato, una familia compuesta de padre, hija y demás, habitaba una casa de buena apariencia situada en una de las calles más céntricas de la Habana.

El padre, que era un opulento hacendado, se llamaba Ernesto Arbey; hombre dotado de un alma tierna aunque cubierta con la capa de un exterior algo áspero. Viudo á los pocos años de casado, había puesto todo su cariño en su hija Blanca, á quién adoraba entrañablemente; ésta, en los momentos en que la presentamos al lector, se destacaba al pálido fulgor del último crepúsculo de una hermosa tarde, en el

hueco de la ventana, vestida con elegante sencilléz.

La dulce expresión de su fisonomía cándida y graciosa, revelaba sus pocos años; sus formas mórbidas y delicadas, sus grandes y aterciopelados ojos sombreados por largas y sedosas pestañas, su boca pequeña y sus labios de coral que dejaban ver, al entreabrirse, dos hileras de blancos, parejos y diminutos dientes que figuraban perlas y cierto aire voluptuoso que se notaba en sus movimientos, caracterizaban el tipo de la cubana, de esa mujer inocente y generosa como la virtud.

De pié, y apoyando sus manos de primoroso marfil en los balaustres de la ventana, estendía, con esa indolencia ingénita en los hijos de los trópicos, sus acariciadoras miradas á lo largo de la calle, y las dejaba vagar con aire escudriñador entre las sombras de la noche que empezaba á tender su manto de tinieblas; y no hallando, indudablemente, lo que buscaba, hizo un gesto de disgusto y bajó su adorable cabeza cubierta con una abundante y negra cabellera que caía formando bucles sobre sus modelados hombros.

Varias veces repitió la misma operación, siempre con más afán pero con idéntico resultado; por fin el disgusto de la linda joven fué más ostensible: desprendióse del pecho, con

marcado mal humor, un hermoso jazmin blanco como la masa del coco, y empezó á deshojarlo á la vez que golpeaba el pavimento con su pequeño pié, demostrando, así, su impaciencia inequívoca.

¡Y qué hermoso en aquel momento su semblante!

¡Qué expresión la de sus ojos tristes y lánguidos!

¡Qué contracción la de su boca suspirante!

Su rostro, nerviosamente pálido, parecía marmóreo.

Profundo sentimiento se notaba en ella.

Pero, ¿de qué naturaleza era aquel sentimiento?

No tenía lo sombrío de la venganza.

No tenía el dolor de la desesperación sin consuelo.

En los potentes destellos de sus ojos, había algo que representaba la vida candente, exhuberante del amor.

¿Por quién?

Los ojos de la joven se fijaban abstraidos en un punto infinito del espacio, ó, mejor dicho, vueltos al infinito espacio de su alma; reflejábase en ellos una expresión que parecía la de un amor soñado, que no había muerto, que existía.

¡Ah! ¡el corazón humano!

Blanca amaba.

Y tal vez su amor era la causa de su tristeza.

Cuando nos estremecemos de improviso de una manera que nos hace sentir una especie de agonía con todo su cuadro de horror y de espanto, de ese género era el sentimiento que acometía de vez en cuando á la joven.

Un impulso superior á su voluntad la llevaba á la absorción de su alma por un hombre amado, al que no podía arrojar de su pensamiento, y que, pensando en él, llenaba su alma de incomparables delicias.

Alzó la cabeza, levantó los ojos al cielo con una expresión tal de sentimiento que se hacía indefinible, y exclamó con voz triste, pero de un timbre argentino:

¡Ah! ¡no, no es posible que haya en el mundo una desventura semejante á la desventura mía!

Aquella mirada melancólica, al alzar su cabeza para volverla á inclinar, había dejado ver un relámpago magestuoso.

La majestad de las grandes bellezas que son siempre reinas de la hermosura.

Al cabo de un rato enjugóse con un pañuelo de fina batista una lágrima que corría por

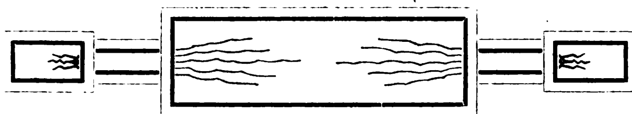
su mejilla como una gota de rocío desprendida del pétalo de una flor, agitada por el viento.

Aquella lágrima era el amor llevado á su más alto grado de abnegación.

El delirio de la pasión.

Una de tantas luchas secretas que desgarran lo más íntimo del corazón.





III



NGEL Mena pertenecía á una rica familia de la Habana.

Su padre, que era uno de los principales comerciantes de * * *, se vió repentinamente reducido á una modesta posición por consecuencia de los reveses de la fortuna.

Este percance, unido á su quebrantada salud, le agobiaron de tal modo, que falleció tras una rápida enfermedad, dejando á su esposa sumida en la más honda tristeza.

Angel, á la sazón, contaba cinco años. Su madre, después de una grave dolencia que la

puso á las puertas del sepulcro, tuvo suficiente energía para sobrevivir á la muerte de su esposo.

Esto fué una gran fortuna para Angel; pues al no faltarle el cariñoso cuidado de su madre, lo tuvo todo.

A los ocho años ingresó en un colegio, captándose la simpatía de todos sus compañeros y el aprecio de los profesores, por su buena conducta y aplicación.

Su madre, que había cifrado en Angel todas sus esperanzas, vió con marcada satisfacción los progresos de su hijo; este, á los pocos años obtuvo el título de bachiller.

Al poco tiempo Angel marchó al extranjero con objeto de perfeccionar su educación. El amor al lugar en que se habían deslizado los primeros días de su infancia, fué el único móvil que lo condujo de nuevo á la Habana.

Sin parientes, sin amigos, al volver á su tierra natal no tuvo más amparo que los conocimientos que había adquirido, los cuales utilizó con resultado satisfactorio.

Pronto contrajo buenas relaciones en la ciudad; más tarde se colocó de cajero en una importante casa de comercio. Angel, por su caracter bondadoso y su trato fino y amable, se granjeaba el aprecio de cuantos le trataban. Sus principales, en vista de la buena conducta é

inteligente actitud del joven, lo hicieron socio de la casa.

Algunos años habían pasado de su vuelta del extranjero, cuando la casualidad hizo que se encontrara con el señor Arbey, íntimo amigo de su padre. El padre de Blanca invitó al jóven para un bautizo que había de celebrarse en su casa. Angel aceptó la invitación, y fué á la fiesta; allí se conocieron Blanca y él... y se amaron.

A partir de aquel momento, ambos jóvenes tuvieron un secreto en sus corazones que ellos mismos no conocían; sus miradas eran las únicas confidentes de aquel amor que se arraigaba más y más en sus pechos, dulcemente idealizado por la ausencia y fortificado por el recuerdo.

Inútil nos parece decir que Angel, á la primera oportunidad, declaró á Blanca el secreto que guardaba en su corazón.

Y ella, con pudorosa alegría, correspondió á aquel amor sentido simultáneamente.

Angel creyó que su destino estaba ya fijado, y sin esperar un solo instante, pidió al Sr. Arbey la mano de su encantadora hija.

Pero el padre de Blanca, que no había pensado en casarla, se excusó, pretextando conocer el parecer de su hija. Creía que ella rehusaría la petición.

Pero á las primeras palabras respecto del particular, la jóven se arrojó en brazos de su padre exclamando alegremente:

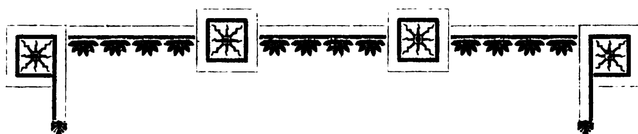
¡Oh, qué dicha!

Esto fué un golpe rudo para el pobre padre que no se hallaba sin su hija; y no queriendo sacrificarla imponiéndole su voluntad, dió su consentimiento.

Poco tiempo después de visitar Angel oficialmente á su prometida, se fijó definitivamente el día de la boda.

Pero como toda dicha tiene su ponzoña, la de nuestros enamorados también la tuvo.





IV

En un baile que se celebraba en uno de los más aristocráticos salones de la sociedad habanera, notó Blanca que una linda jóven, llamada Herminia, hija única de los opulentos condes de ***, dirijía miradas muy dulces y sentimentales á Angel, miéntras bailaba con él un vals, á cuya conclusión se fué, apoyada en el brazo del dichoso mortal, al «buffet,» hablando de pintura, escultura, etc., de cuyas artes tenía grandes conocimientos, por haber estado algún tiempo en Sajonia, y otros puntos....

De esta afición á discurrir sobre obras de arte, nació precisamente la amistad de Angel con la erudita y elegante Herminia, junto á la cual comió cierto día en casa de la anciana é intolerante señora X, y á cuyos taciturnos pa-

dres,—de Herminia,—fué presentado muy á la ligera. La muchacha, habladorcita y valiente de temperamento, por más que se ruborizaba algo siempre que mudaba de conversación, lo cual hacía con estudiada frecuencia, le preguntó, á propósito de un objeto que se hallaba sobre la mesa, si había viajado por Munich.

De la contestación resultó que donde él había estado era en Roma y Florencia: ella no conocía á Roma ni él á Munich; y, discutiendo sobre hipódromos y museos, tuvieron altercados, llegaron á transacciones, hicieron su respectiva profesión de fé en materia de sentimiento, de forma, color, libro, etc.; se miraron bastante; se brindaron heliotropos y quedaron apalabrados para el primer vals en el próximo baile en que se encontraran.

Herminia era lo que se llama un primor. Trigueña, algo pálida, menos en casos semejantes; delgada en apariencia y esbelta y voluptuosa en realidad por no sabemos que tentadora hipocresía ó púdica reserva de sus juveniles perfecciones; igualmente disimulada en cuanto al carácter, pues la melancolía romántica de su rostro, servía de máscara á cierto retozo burlón de la mente, manifestado á lo mejor en graciosas y pícaras sonrisas; demócrata de gustos y aficiones ó en sus caprichos efímeros, cuanto linajuda y retrógada en senti-

mientos y creencias, la preciosa Herminia ofrecía una curiosa amalgama de candor y sabiduría, de belleza y de ingenio, de recato y travesura, muy á propósito para interesar á hombres de imaginación y cavilosidades.

Sin embargo: ni los encantos y afabilidades de la traviesa chica, ni las bromas con que empezaron á herirlo algunas damas desatendidas por él, ni el rumor que empezó á correrse de que el gallardo jóven habíase apoderado del corazón de la opulenta Herminia, lograron que el altivo Angel perdiera el juicio hasta el extremo de acariciar la idea de semejante boda. El profundo amor que profesaba á Blanca; la consideración de que los padres de Herminia creían pertenecer á la más alta nobleza por sus caudales, retrájole de dar importancia á lo que desde luego calificó de coqueteo inocente de una jóven presumida que gustaba lucir sus conocimientos artísticos, infundiéndole esperanzas irrealizables.

Añádase á esto, que la displicencia con que empezaron á tratarle los altaneros padres de la jóven como enojados del rumor público sobre tan *desigual* alianza, hirió profundamente la dignidad de Angel, y se comprenderá que hubiese dejado de bailar con la jóven, y hasta de acercarse á ella, como no fuera para saludarla grave y ceremoniosamente, cuando la encon-

traba en tal ó cual salón, cuya oportunidad deseaba, á fin de hacer pública su actitud esquiva y decorosa; mortificar con ella á la amable jóven; procurar apoderarse de su corazón; apenarla entónces con crueles desvíos, y castigar así la soberbia de los padres...

Diríase que este plan, nada nuevo, dadas las flaquezas de amor propio de los hombres que pasan por más dignos, estaba dando el efecto apetecido.

Tristemente pálida, veía la linda jóven acercarse á Angel, cuando él, despues de haber bailado con las que en otro tiempo desatendía, dignábase ir á saludarla....

Entónces Herminia procuraba retenerlo con mil preguntas, como queriéndole demostrar que sus padres no se oponíau á que hablasen, ó que, puesto que á ella no le importaba nada el disenso paterno, tampoco debía importarle á él...

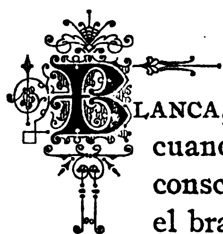
Pero Angel saludábala de pronto con su habitual gravedad, y se marchaba, dejándola más lánguida que antes.... aunque algún malicioso habría podido vislumbrar al fin en sus divinos lábios, una sonrisa indefinible.....

¿Estaría Herminia segura de su triunfo?





V



BLANCA, herida en su amor propio, cuando Angel, después de su inconsciente y ligera falta, le ofreció el brazo, dirigióle una mirada severísima, y con marcado despecho le dijo:

¡Continúe V. bailando con Herminia!

Angel no le contestó una sola palabra; saludola cortesmente y se marchó del salón, exclamando en voz baja:

¡Ah! la veleidad es un hábito atemperado en la mujer.

Cuan injusto era ese juicio respecto á Blanca que, exasperada por la «injusticia incalificable» de Angel, había obrado inconscientemente, obedeciendo á un resentimiento natural.

Habramos un paréntesis para tratar de la veleidad de la mujer.

Hemos examinado en importantes escritos la síntesis de una série de argumentaciones intentando probar la veleidad de la mujer, y vamos á formular un juicio concreto y determinado en consonancia con nuestro criterio libérrimo.

Nunca hemos participado de la opinión de la generalidad de los escritores que se han complacido, digámoslo así, en descargar sobre la mujer acusaciones tan injustas y gratuitas como es la de considerarla, al calificar su carácter, sujeta á todas las mudanzas de un temperamento vario, distinto por naturaleza del mas constante del hombre.

Con el derecho que proteje la inmanencia de nuestra personalidad social, vamos á refutar tan grave aseveración, porque no hay cerebro sano que se aventure á justificar lo que no existe, afirmando, por nuestra parte, que vemos en tal juicio una sin razón y una crueldad grandes, según nuestro modo de sentir, apoyado en la experiencia, en pruebas convincentes que demuestran á cada paso la firmeza de carácter de la mujer, digna de admiración, fijándonos en el poco apoyo que para sostenerla le presta su excesiva debilidad física.

En todos los pueblos y en todas las épocas

de la historia, hallamos mujeres que se han colocado á la altura de los hombres por la firmeza de sus sentimientos, llevados siempre al mas sublime de los heroismos.

Pero presintiendo que álguien dirá que esos ejemplos son excepciones raras en la regla común, se nos ocurre creer que en tal objeción hallamos la natural réplica, por cuyo motivo decimos é interrogamos á la vez:

¿Son raras excepciones los hombres de poca constancia, de carácter débil, volubles en los consejos y en las aficiones, y la regla general, los de espíritu firme, los de sentimientos inmutables, los de virilidad, los grandes, los héroes?

Con solo arrojar una mirada retrospectiva, á la sociedad misma en que habitamos, puede comprenderse hasta que punto son en nosotros esas grandísimas condiciones que echamos de menos en la mujer, y por cuya falta la rebajamos en nuestras consideraciones y le negamos nuestros consejos y derechos; con sólo girar la vista en torno nuestro, nos cercioramos ante nuestra propia obra de la pretendida superioridad de nuestra naturaleza; reflejo de nosotros y no de la mujer, como algunos pretenden, es la sociedad que gobernamos, y en la cual, sin necesidad de pensarlo mucho para comprenderlo, es obra de nosotros mismos has-

ta la influencia de la mujer, porque de nosotros ha recibido la educación que posee, y la tenemos sujeta á las leyes por nosotros formada, y la hemos reducido al círculo dentro del cual encerramos su existencia moral, intelectual, física y civil.

El sér más vano que gravita sobre la tierra es el hombre; pues bien: entre sus muchas vanidades—lo confesamos con sinceridad—no existe una que sea tan irracional como la de su espíritu, superior en todo al de la mujer, que por pura vanidad desconsidera y menosprecia.

Y si nos fijamos en ese otro sentimiento en cuya virtud la mujer es juzgada con mas violencia: el amor, ese sentimiento complejo, diabólico y divino con aspiraciones del alma y apetitos de la carne, ¿cómo podrán compararse las veleidades de la mujer con las eternas mudanzas del hombre?

No queremos enumerar, porque sería tarea harto árdua, las mujeres que consagran su amor en el altar al único hombre á quien se lo juraron, y siguen fieles á su juramento hasta que rinden su tributo á la naturaleza.

Para probar nuestro aserto no tenemos que buscar esos ejemplos en los tiempos pasados; contínuamente los vemos en nuestras madres, hermanas, etc.

¿Cuántos son los hombres que guardan, ó mejor dicho, llevan á la que han elegido por compañera de su vida el amor noble, puro y libre que de ellas han recibido?

¿Cuántos conservan incólume el juramento prestado?......

La verdad es que por mas que nos devanamos los sesos, ni la historia, en quien se reconcentran estas heroicidades, nos lo presenta, ni nosotros conocemos á ninguno.

¡Y vedlos luego desesperados, maldiciendo de su suerte adversa, abominando de las mujeres habidas y por haber, cuando ven rotos los lazos que ellos mismos han relajado, cuando de ellos se aparta el amor que perdieron! He aquí, pues, el orígen, aunque raras veces de las mudanzas de la mujer. La veleidad es mas fácil, cuanto más profundo es el amor, porque mas acerbamente hiere al corazón el agravio recibido, y con mas fuerza grita al decoro y á la dignidad de la mujer, la voz del resentimiento.

Hay veces que la mujer proscribe el amor que experimentó por un hombre; y no se le puede aplicar el adjetivo de veleidosa, porque lo que sucede es que su imaginación viva, su inexperiencia y su sensible organización, hacen que sus impresiones prevalezcan sobre la razón no formada ó adormecida en el sueño de

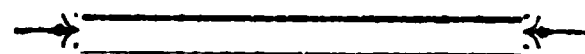
la ignorancia; pero así que se rasga la venda que cubre sus ojos vírgenes, y penetra la luz en su entendimiento, vé y distingue entre las personas y cosas y la razón pide cuentas al sentimiento inconsciente y el amor y el decoro propios se levantan ofendidos colocándose frente al corazón y condenando sus amores.

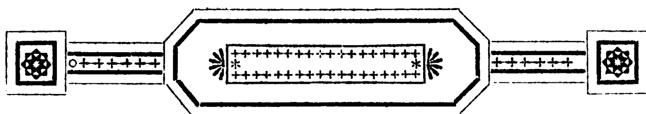
Negamos, pues, la existencia de la veleidad, pero no del *coquetismo*.

Conocemos dos *ellas* tan *pretensiosas* como *coquetas*; dos jovencitas que cifran su mayor orgullo en tener un novio cada dia........ dos eróticas.que nos servirían de base para escribir un capítulo titulado:

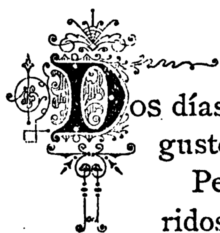
«*Fulana* y *Zutana*, de cuya amalgama nació el coquetismo.»

El título es bastante prosaico, pero el texto sería muy gracioso, ¡oh, si, y muy picante! ¿Verdad?...... ¡tente pluma!......





VI



os días habían pasado desde el disgusto habido entre Angel y Blanca.

Pero como los sentimientos queridos no se pueden violentar impunemente, Blanca, desfallecida y quebrantada por el esfuerzo que hacía para demostrar lo que su corazón no sentía, deseaba reanudar sus relaciones.

La ocasión se le presentó propicia.

Celebrábase una gran recepción en casa de los condes de * * *.

Hallábanse allí congregadas las personas más distinguidas de la sociedad habanera, ó sea todas las aristocracias, desde la heráldica hasta

la del dinero; y á pesar de ser tan espaciosos aquellos salones, no se cabía en ellos materialmente.

Por fortuna, los condes, previsores en todo, habían improvisado un jardín cubierto de cristales y lleno de macetones con altos árboles exóticos...

Discurrían por aquellos fantásticos verjeles, en busca de aire y de libertad, muchas parejas, fingiéndose que andaban por el campo; como la iluminación estaba dispuesta de modo que imitara la plácida claridad de la luna, la ilusión de los paseantes era completa.

Cuando en uno de los más calurosos salones del principal se encontraron Angel y Blanca, esta, en lugar de contestar con meras palabras al saludo del joven, se apoyó resueltamente en su brazo y le dijo con vehemencia:

¡Sáqueme de aquí!... ¡Ah! me ahogo!

Lléveme al jardín... Allí podrá V. dejarme con cualquier persona conocida y marcharse á donde quiera...

Angel no podía eximirse de aquel gusto. La libertad que resultaba del cúmulo de gente; la atmósfera cargada de violeta que se respiraba; los hechizos de Blanca que aquella noche lucía todas sus gracias juveniles, por prescripción de la moda; todo contribuyó á que el joven se desagraviara y se creyera muy dichoso lle-

vando del brazo á la bella cuanto noble y discreta persona... que lo amaba de verdad, y á la cual iba á consagrar su amor en el altar.

Mientras pugnaban por abrirse paso entre las diformes colas de encajes y aún de verdaderas plumas que arrastraban á guisa de apéndice propio, tantas vestidas nietas de la desnuda Eva, nada interesante se dijeron nuestros amartelados; pero cuando llegaron al improvisado jardín, Blanca se dejó caer algo sobre el brazo de Angel y murmuró dulcemente:

Puede V. dejarme si le estorbo... Allí distingo un amigo...

¿Lo dice V.,—profirió Angel,—porque desea que me aleje?... ¡Me retiraré!... Pero si va V. á gusto conmigo...

¡Muy á gusto!...—suspiró la linda joven como si revelara un secreto.

Entonces sigamos hasta que V. se canse. Estas galerías no pueden estar más preciosas.

Un poco solas y obscuras—observó Blanca deteniéndose pero más asida del brazo de Angel.

¿Tiene V. miedo yendo conmigo?

Miedo... no, pero podrían creer que huimos de la gente y de la luz...

Allí hay gente también...

Otra razón para que no vayamos... dijo Blanca bajando los ojos.—Herminia tendría celos al verlo á V. junto conmigo...

Aún suponiendo que yo le agradara como V. equivocadamente supone... no le causaría celos verme al lado de una señorita con quien no me une en la actualidad lazo ni compromiso alguno...

¡Pérfido! ¿Por qué dice V. eso?—gimió Blanca volviendo la cabeza como para ocultar su emoción.

Pero Angel tuvo tiempo de ver que dos lágrimas corrían por el hermoso rostro de la joven, mientras sus lábios temblaban como si reprimieran un sollozo.

Aquellas lágrimas trastornaron completamente á Angel. Su historia con Blanca, Blanca misma, el porvenir legítimo de un amor tiernamente sentido, se le presentaron bajo diferente prisma.

Puesto que la noble joven le quería hasta el punto de llorar por él, no incurriría en segunda falta para evitar que la joven hiciera sacrílegos cambios de ídolo y culto en su virgen pecho... para que Himeneo no se mofara de ella viéndola sonreir á otro hombre que no fuera aquel por quien había llorado... Ningún sacrificio de orgullo había tenido que hacer Angel para reobtener el amor de Blanca, de quien le agradaban la discreción y la hermosura y en manera alguna el dinero. Bastaríale pagar con más amor á la encantadora joven que ha-

bía tomado la iniciativa en tales amores ó sido la primera en amar.

Todo esto lo pensó Angel con la rapidéz que se siente el amor propio lisonjeado por el ajeno. Y como resultado de sus pensamientos lo que Angel experimentaba era orgullo y gratitud por las lágrimas que humedecieron las mejillas de la amante joven, pena de que llegaran á secarse, como temeroso de que fueran olvidadas ó negadas...

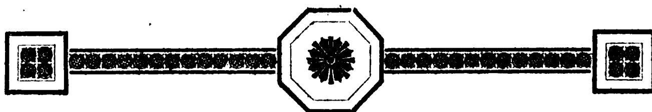
¡Ah! llora V. por mí!...—dijo al fin Angel estrechando una mano que la bella no retiró. —¿V. me ama?... ¡Yo también la adoro!

Blanca sonrió de un modo indefinible; y soltando el brazo del joven le dijo repentinamente:

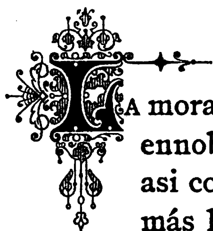
Mañana nos veremos en casa. ¿Verdad?

Sí, alma mía, sí—respondió Angel besando con los ojos el cuerpo de la modelada virgen. Y después de haber bailado hasta la conclusión ambos amantes, se retiró Angel asombrado de haber estado triste alguna vez cuando la felicidad es una diosa tan benévola que no hay más que alargar el brazo para asirla por el talle y ser dueños de ella para siempre...

Por lo expuesto se comprenderá que á quien esperaba Blanca con tanta impaciencia en la ventana era á Angel; pero este cuando llego á su casa, encontró á su madre enferma, por cuya razón no se separó de su cabecera.



VII



LA moralidad es el sentimiento que más ennoblece y dignifica á un pueblo, asi como la decadencia es el estado más horrible á que puede descender, consciente de sus actos.

En estas ocasiones no es extraño existan esos tipos hechos únicamente para dar vida á las pasiones más abyectas del corazón humano.

Por ejemplo: el granuja, que hace su aparición, como por arte mágico, en el seno de la sociedad decadente.

Verdadero animalejo con instintos humanos, vive al azar, carece de nombre y cambia de domicilio cuando se le antoja.

Ignora quienes fueron sus padres y desconoce hasta el punto de su nacimiento.

Si la existencia de las generaciones expontáneas no estuviera plenamente comprobada, el tipo de que nos ocupamos sería un dato precioso para demostrarla.

Su edad, á punto fijo, nadie la conoce, puesto que él mismo la ignora.

Su aspecto físico no denota el número de años que cuenta de vida... Su fisonomía, gastada por los vicios, tiene rasgos de la virilidad y achaques de la senectud.

Lo mismo puede tener diez años que veinte.

Su cuerpo es el de siempre; solamente sus picardías van en aumento. Tiene ojos vivos que lanzan penetrantes miradas, perversas unas como su propia educación, tristes y melancólicas otras como si de vez en cuando en ellas se manifestara, á manera de enérgica protesta, un destello de la dignidad humana.

En su boca, receptáculo inmundo, vaga una sonrisa maliciosa que deja entrever dos hileras de blancos, apretados y menudos dientes, salvo algún portillo, abierto por enemiga mano, que le permite escupir á guisa de matón.

Naturaleza abandonada al acaso, ha sido fecundo terreno para que en él broten las malas semillas.

Asqueroso reptil, nacido en inmundo pánta-

no, alardeando de su propio lodo, marcha, cobardemente, enlodando todo lo que á su paso encuentra.

He aquí la síntesis, á grandes rasgos, del granuja.

Si no sucumbe violentamente en la calle terminará el resto de sus días en un presidio.

Perdónesenos esta digresión, conveniente á nuestro juicio, para presentar al lector un tipo que, bajo el nombre de Felipe Más, era conocido entre los malvados que infestaban la Habana en la época á que nos contraemos.

Infame desde su edad primera, infame siguió el curso de su vida, é infame llegó á su muerte.

La barbarie y la crueldad eran en el, como en el tigre, de instinto.

Vestía siempre, sinó con elegancia, al menos con pulcritud, y nadie, al verlo, podía adivinar en él al hombre abyecto y miserable.

Paseábase una noche por el Parque, con esa insolencia propia en la gente de su calaña, cuando sintió que le tocaban en el hombro.

Palideció, pero no obstante recobró su aspecto habitual al oir una voz franca y conocida que le decía:

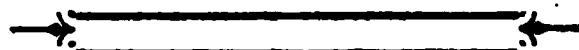
¡Ah! no me había engañado. Es Felipe.

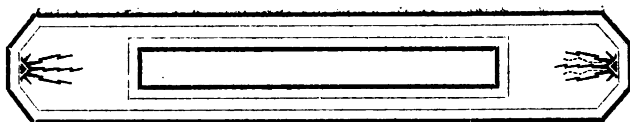
En cuerpo y alma—contestó el aludido dando un apretón de manos al que le hablaba.

Este era un indivíduo de edad avanzada, noble fisonomía y aspecto distinguido.

Se llamaba Fernando Mayol.

Conocía á Felipe por haberle sido presentado por un amigo, el cual ignoraba qué clase de sujeto era aquel.





VIII

DESPUES de largo rato de conversación, preparábanse ambos á retirarse, cuando pasó junto á ellos una jóven acompañada de un señor de edad madura.

Felipe fijó una larga mirada en el semblante infantil de la linda joven, y dirigiéndose á su amigo, preguntó:

¿Conoce V. á esa señorita?

Sí. Ese señor que va con ella es su padre.

¿Cómo se llama?

Ernesto Arbey.

¿Y ella?

Blanca...

¿Qué empleo tiene el padre?

¡Cómo! ¿no ha oido V. hablar de él?

No.

Pues es uno de los más ricos hacendados de la Isla.

Y ella ¿es casada?

Nó.

¿Tiene novio?

Sí.

¡Ah!

Cualquiera diría—profirió Fernando sonriendo—que se ha enamorado V. de la hermosa Blanca.

¡Bah!... y dígame: ¿donde vive?

¡Díavòlo! ¿Es V. célibe?

No me desagrada el matrimonio.

Bueno; allá ustedes.

Y Fernando indicó á su amigo la morada de Blanca.

En aquel momento, las personas que embargaban la atención de Felipe, volvieron á pasar por delante de los contertulios.

Los ojos de Felipe se fijaron con codiciosa insistencia en Blanca, cuya rara belleza le embriagaba; y á pesar de su insensibilidad á las emociones dulces, sintió las irradiaciones que llegaban á su cerebro como efluvios de fuego, como torbellinos de llamas, emanadas por aquella mujer cuya estancia en aquel lugar parecía el de una constelación que deja tras de sí una ráfaga de luz intensa.

Felipe hacía una semana que había llegado

de Matanzas, á donde fué con propósitos nada buenos.

Al día siguiente de su llegada, y sin perder un solo minuto, empezó á buscar una habitación que le conviniera, es decir, solitaria y oculta en algún rincón apartado.

Sus pesquisas tuvieron un éxito satisfactorio, pues logró encontrar la casita que hemos mencionado al principio de este relato.

En este estado las cosas fué cuando se encontraron Fernando y él.

Fernando, desde que proporcionó á Felipe las noticias que sobre Blanca le pidiera éste, notó en él cierta preocupación, y creyendo adivinar la causa, le preguntó:

¿En qué piensa V., Felipe?

¿En qué he de pensar?—contestó con marcada turbación.

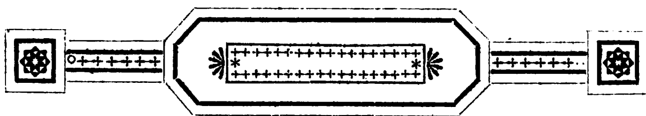
Pues en Blanca.

¡Quien se acuerda de eso!

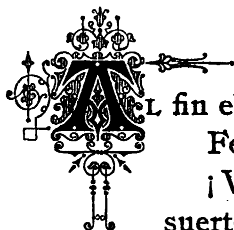
Al poco rato ambos amigos se despidieron. Felipe tomó un coche y dió al conductor las señas de su casa.

¡Trueno de Dios!—gritó el auriga al considerar lo largo del trayecto.

Pero su mal humor se disipó ante la perspectiva de un buen viaje. Durante el camino miles de ideas bullían en el siniestro cerebro de Felipe.



IX



L fin el coche se detuvo.

Felipe entró en su casa.

¡Vamos, decididamente tengo suerte! dijo.

La fortuna del Sr. Arbey vendrá á mis manos. Blanca será mi única salvación despues de las innumerables desgracias que he sufrido......

¡Ah! la felicidad... Sé que existe pero yo no la conozco. Huérfano, educado en la horfandad, maltratado por el destino y rechazado por todos, trascurrió mi niñéz sin que una mano amiga me mostrara los peligros de la vida.

La afición á todo lo malo se desarrolló en mí de un modo avasallante. Cuando llegué á la edad de la razón, quise retroceder... luché... pero ¡ah! ya era tarde; la perversidad había hechado en mí profundas raices...

Felipe hizo una pausa como para reunir sus recuerdos.

Luego continuó:

Conozco la miseria... He pasado hambre. ¡Todavía recuerdo!

Felipe al decir esto giró en torno suyo una mirada diabólica, como la que hubiera lanzado Sinnis sobre un campo lleno de cadáveres.

Y pasándose la mano por la frente como si tratara de alejar de su memoria un recuerdo espantoso, exclamó con voz ronca:

¡Oh! todavía recuerdo como un ensueño terrible aquella noche de sangre!...

Y apareció en su semblante una expresión sombría.

Al cabo de un rato continuó con tono violento:

La sociedad debe despreciarme como un reptil maldito, y sin embargo, soy más desgraciado que infame. Pero ¿á qué agobiarme cuando empieza á brillar en medio de mis noches sin aurora el ángel de la felicidad?

Y al decir esto dejóse caer en una silla.

Al ver á Felipe con los codos apoyados en las rodillas, el rostro en las manos y la boca

entreabierta como dando paso á un mudo pero funesto lenguaje; con su palidéz mate y sus ojos dilatados, fijos, lúcidos y brillantes como un fuego terrible; con sus cabellos negros, ensanchados como una siniestra aureola en torno de su cabeza; al verlo así, decimos, era preciso estremecerse...

Felipe era un hombre hecho solamente para representar en la tierra el poema de todas las pasiones indómitas y terribles; era el demonio, esa creación de la ignorancia, vulgar y mezquina representación de las pasiones más abyectas del corazón humano; era, en fin, un espíritu condenado á dar vida á funestas ideas.

La palidéz de su rostro era una palidéz nerviosa, hija de la pasión que sentía; una palidéz que daba á su semblante un tinte sombrío y fantástico.

Pero en lo que más se notaba su estado, era en la mirada, mirada indescriptible, porque era el conjunto de cien pasiones indómitas; mirada que semejaba á la tétrica desesperación del león enjaulado, reconcentrada en un punto luminoso, y la fijeza sombría de algún pensamiento tenebroso que espera, ruje y fermenta dentro del alma; pensamiento diabólico, fuerza escondida que, como un relámpago, brillaba y volvía á esconderse en las tinieblas de una calma

amenazadora, más imponente que la rabia que grita y bravea, incontrastable y fatal.

¡Ah! el cerebro de aquel hombre era un infierno y en él ardía en aquel momento alguna siniestra idea.

Felipe, indudablemente, tuvo sueño, ó bien quería proporcionar al cuerpo, ya que no podía hacerlo al pensamiento, algún descanso, porque, levantándose de la silla, se arrojó vestido en el lecho.

...Y durmió; pero con uno de esos sueños que en vez de servir de descanso torturan, aterran, vagan y se revuelven en un caos de impresiones distintas; en que lo bello y lo terrible se unen con un lazo misterioso; sueños informes que parecen el resultado de una linterna mágica dirigida por el diablo; en que el pensamiento funciona de una manera enteramente nueva, trocándolo todo, variando las formas comunes y creando ideas nuevas, ideas que no pueden explicarse, porque para definirlas falta un punto de comparación conocido; uno de esos sueños en que se rie, se grita y se llora; de los que se despierta con fiebre y bajo el influjo de fatídicas influencias.

El amor, el terror y el hastío, estaban apoderados del alma de Felipe, en la que el sentimiento, llevado á su más alto grado de perfec-

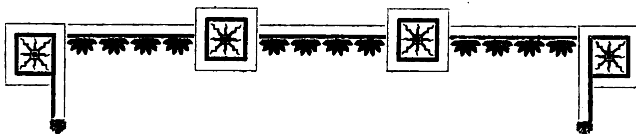
ción, dominaba absoluto, pudiendo decirse que era su esencia.

Soñó el amor, pero no como su alma debía soñarlo, no; se vió reclinado sobre una cándida nube, flotando en el espacio, cuyo ambiente era tibio, languidecedor, suave y fácil á la respiración como un elemento de vida, y cuya luz era vaga, blanca y trasparente; flotaba en la inmensidad y como ella era inmensa la mirada de amor, y como sus auras, suave su aliento, y como la atmósfera tibio y blando el dulce calor que emanaba de sus brazos.

Sentíase elevado, y su sér se saturaba de aquel suave y puro deleite.

No era aquel un descanso celeste, una fruición pura: era la expansión del espíritu que bajo el influjo del sueño abandonaba su cárcel mortal para elevarse á su orígen.





X

TODAVIA Blanca no había retirado el pañuelo de su rosto, cuando pasó rozando los hierros de la ventana un indivíduo; fijó la vista en la joven, y dijo con acento irónico:

¡Eh, no llorar!

Blanca no pudo contener un movimiento de disgusto, y separándose de la ventana, sentóse en un columpio.

Pero el desconocido, cómo si obedeciera á un plan premeditado, entró de repente en aquella casa cuya atmósfera embalsamaba el ambiente de la inocencia y de la virtud, y dijo:

Señorita...

Blanca volvió rápidamente la cara.

El desconocido le tendió la mano.

La joven no la estrechó. El horror, el terror, se notaban en sus ojos como á causa de la aparición de un espectro terrible.

¿Qué viene usted á buscar á esta casa?—preguntó con acento nervioso al osado visitante.

Vengo—contestó el interrogado—á decirle una vez más que la amo, que la adoro, y que...

¡Caballero,—replicó la joven con severa dignidad—estoy harta de repetirle que no persista en sus pretensiones!...

Maldiga V. mi pretensión si le place, pero acéptela—profirió el desconocido.

¡Jamás;—replicó Blanca alzando la frente—jamás!...

¿De veras?

La joven se encogió de hombros, con aire de filosófica indiferencia.

¡Tenga V. cuidado!..—prosiguió el incógnito.

¿Y qué puedo temer? Estoy en mi casa y le mando salir de ella.

¡Pues nó, nó saldré sin que V!...

Ya tendrá V. buen cuidado de obedecer.

¡Bah!

Llamaré á los criados para que le arrojen de aquí...

Promovería V. un escándalo inútilmente.

Blanca permaneció un momento inmóvil y silenciosa.

Su corazón le saltaba en el pecho como el del pájaro cuando intenta salirse de la jaula.

El desconocido esperó á que pasara aquella crisis de desesperación.

Después, dijo:

Señorita, el que calla otorga. ¿Acepta V. al fin ser mi esposa?

¡Yo,—balbuceó Blanca con soberbia;—yo su esposa!......

¡Por piedad!—interrumpió el desconocido—¡no destruya V. mis ilusiones con su fría negativa! Yo había creido que un amor tan ardientemente sentido como el mío hallaría amparo en su corazón...

¡Basta de farsa!—exclamó con energía la joven—¿Cree V. que no conozco la comedia que está V. representando? ¿Cree V. que desconozco el fin que persigue su pretendido amor?...

Y Blanca, al decir esto, dirigió á su interlocutor una mirada llena de profundo desprecio.

La pasión que V. me inspira, señorita,—dijo vivamente el desconocido,—me justifica de tan injusta sospecha.

¡Ah!—murmuró Blanca—¿se hace V. reo de faltas que yo no he pensado imputarle?... ¡Tanto mejor!

Esas son suposiciones absurdas á las que no

podría contestar á V., la destinada por el cielo para realizar en la tierra la dicha que solo se concibe con un ángel; si de V. no implorara la vida, la gloria y la esperanza para un alma próxima á perecer en la desesperación producida por su desdén...

¿Y para manifestarme su estado es para lo que V. ha venido aquí?—preguntó Blanca.

Lo que V. ha dicho es la pura verdad;—continuó el apasionado hombre--he venido para manifestarle los dolores que rodean mi corazón... la idolatría que V. me inspira... Pero hay otra verdad superior. ¡Y esa verdad es inmutable, eterna; es la realidad misma; es V.; soy yo; es la hermosura peregrina que debe V. á la naturaleza; es este deseo que me embarga de darle mi ser, mi vida, de llevarme sus preciados hechizos dentro del alma; de poder decir que Galatea, despues de resistir rudamente á Pigmalión, se ha convertido en criatura mortal para colmo de mi adoración de artista!...

Blanca, que escuchaba al desconocido con los ojos dilatados y la boca entreabierta, no pudo reprimirse por más tiempo y dijo con tono desdeñoso:

¿Le debo yo alguna gratitud? Y además, le he repetido que mi corazón y mi mano pertenecen á otro...

¡Oh!—exclamó el incógnito con tono de amenaza indescriptible.

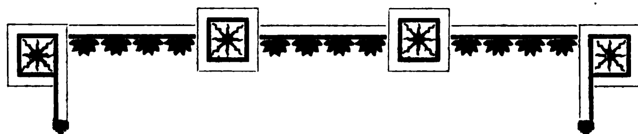
Donde hay hermosura hay luz.

El desconocido se sentía atraído.

De una manera casi magnética, por un impulso nervioso, incontrastable, trató de estrechar la mano de la joven; pero antes de que lograra su objeto, la pureza de Blanca se rebeló; lanzó de sí al atrevido; su hermosa frente se alzó altiva, magnífica, teñida de rubor; sus brillantes ojos reconcentraron una severa mirada y exclamó con energía suprema:

¡Es usted un miserable, Felipe!... Salga de aquí.





XI



L hombre á quien hemos oido llamar Felipe permaneció inmóvil.

¡Salga, salga de aquí! — repitió Blanca.

Y con un ademan y una dignidad propios de una reina de los tiempos heróicos, extendió la mano y señaló á Felipe la puerta por donde había entrado.

Un fugitivo rubor, un relámpago de fiereza, pasaron á la vez por los ojos y el rostro de Felipe.

Por un momento ambos jóvenes se miraron con la frente erguida, altiva, provocadora.

Blanca se defendía con su dignidad como lo hubiera hecho una matrona romana de la edad heroica, de aquellos antiguos tiempos de la pureza del pueblo-rey.

Felipe dobló la frente y murmuró apénas:

¡Oh, no me ama!

Y como si este pensamiento le hubiera enloquecido, avanzó dos pasos y hecho una furia:

¿Es esa su última resolución?—dijo.

¡Sí!......—articuló Blanca.

¡Cuidado!......

¿De qué?... — murmuró la jóven estremeciéndose de una manera violenta, como si su alma hubiera presentido alguna cosa siniestra en la advertencia del furibundo enamorado.

Felipe la contempló largo rato como espantado, como si le hubiese dominado, como si le hubiese puesto en respeto y aún en temor, la enérgica altivéz de Blanca.

Después, por un impulso exento de voluntad, nervioso, incontrastable, se arrojó sobre Blanca, diciendo con acento diabólico:

¡Témalo V. todo!...

¡Soco!...—gritó la jóven.

Pero su voz se ahogó en su garganta.

Las hercúleas manos del miserable habían rodeado el delicado cuello de la infeliz.

Su vida—dijo—depende de su respuesta: ¿consiente V. en ser mi esposa?

No... no...—contestó débilmente la jóven.

Por última vez, Blanca—repitió Felipe en el paroxismo del furor.

La infeliz no contestó.

Estaba casi asfixiada.

Felipe tomó aquel silencio involuntario como una negativa y exclamó con tono iracundo:

¡Ni para mí, ni para nadie!

Su diestra, armada de un puñal, se agitó en el aire, y, respirando furias por sus ojos, descargó el mortífero acero varias veces en el cuerpo de la indefensa jóven.

Blanca vaciló y cayó de espaldas balbuceando imperceptiblemente:

¡Papá... Angel... adi!...

Sus labios se cerraron, volviéronse á entreabrir, dejando escapar un débil suspiro.

Era su alma, inocente y noble, que se desligaba de la carne para vagar en el espacio infinito de lo increado.

El criminal fijó una rápida mirada sobre su víctima que parecía una estatua de mármol acostada sobre una sangrienta tumba, y echó á corrrer como Caín perseguido por la maldición de Dios.

¡Lo que puede el dinero!

Por la herencia de Blanca había experimentado Felipe una impresión profunda; pero para hacerse dueño de ella era preciso ser ama-

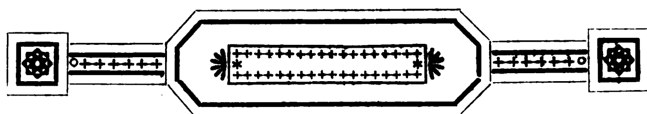
do por la jóven; de ahí que alimentára aquel amor de tal manera que, exasperado su temperamento por las reiteradas negativas de la hermosa heredera, lo que solo era en él un negocio, hijo de su infamia, llegó á convertirse en verdadera pasión.

La noticia del próximo matrimonio de Blanca, despertó en Felipe el sentimiento odioso de la venganza; porque, como las manchas del alma son como las del cuerpo que con el curso de los años se arraigan más y más en la epidermis, Felipe no reconocía más leyes que sus menguados propósitos, los cuales cumplía aunque para ello tuviera que destrozar el destino de todos.

Lo hemos visto entrar en la morada de Blanca, exigir á ésta, por medio de la amenaza, el consentimiento de una unión imposible; y para que el cuadro sea completo, hemos visto caer al suelo, bañada en su propia sangre, á aquella inocente niña,—preciosa flor hecha carne—agostada al primer soplo de las miserias humanas.

¡Asesino miserable!

La humanidad nos presenta á cada momento una prueba de su abolengo, que es el más rotundo *mentís* arrojado en plena faz á los profanadores de las doctrinas de Darwin.



XII



MEDIA hora después se presentó el juzgado.

El juez se ajustaba perfectamente á su profesión.

Todo en él denunciaba al magistrado. La gravedad se encarnaba en él demasiado quizás.

Era tal su rigidéz que parecía la personificación de la ley.

En vano habíase mezclado en todos los asuntos políticos, dispuesto á servir al partido que mejor le favoreciera, para obtener un puesto más categórico.

Así que el facultativo llamado al efecto confirmó la muerte de la joven, se acercó á su secretario y le dijo:

He aquí un asunto misterioso.

Seguramente—repuso el secretario.

Empezaremos el sumario—continuó el juez—interrogando á la criada.

Enseguida fué llamada ésta.

He aquí los puntos más culminantes de la declaración:

¿Fué V.—preguntó el magistrado—la primera que advirtió el crímen?

Sí, señor.

Refiera V. lo que sepa.

Lo que sé—dijo la criada—es bien poco... Serían las siete de la noche; yo estaba acabando de comer, cuando oí un grito angustioso que al pronto no supe de donde provenía. Me asombré, no obstante, pero no me moví. Un segundo después, escuché un ruido estrepitoso que partía de la sala.

Entonces eché á correr... Cuando llegaba al comedor, un hombre corría en direccón á la calle. Al mismo tiempo noté á la señorita tendida en el suelo sobre un gran charco de sangre... Me arrojé sobre ella, la llamé, no me respondió; puse la mano sobre su pecho y su corazón no latía; iba á gritar, pero sentí un desvanecimiento y caí al suelo...

La pobre mujer se calló.

Los sollozos la ahogaban.

¿Vió V. la cara del hombre que corría?—preguntó el juez cuando la criada se repuso.

No, señor.

¿Reparó V. de que modo iba vestido?

Tampoco. Fué una cosa tan rápida que no tuve tiempo de ver nada.

El juez frunció el ceño, y dirigiéndose á su secretario, dijo:

Sin embargo; lo encontrarémos.

*
* *

El señor Arbey, á quien se había prevenido, entró en aquellos momentos.

Giró en torno suyo una mirada dolorosamente inmensa, y dejóse caer en una silla.

Largo rato permaneció inmóvil, como una persona atacada de parálisis.

El golpe que aquel hombre acababa de recibir en el corazón, era mortal.

Aquel espantoso suceso había roto los hilos que ligaban su ya quebrantada existencia.

Sus labios no pronunciaban una queja y sus ojos, muy abiertos, permanecían fijos en el rostro de su hija que yacía sobre una cama.

La mortal palidéz que cubría el rostro de Blanca realzaba su maravillosa hermosura.

De pronto el desgraciado padre se puso en

pié como impulsado por un influjo sobrenatural.

Convulsivo temblor agitó todo su cuerpo; llevóse las manos á la cabeza y se arrodilló junto al lecho en que dormía el sueño eterno su hija adorada; besó frenético y repetidas veces su cadavérico rostro y exclamó con angustia indecible:

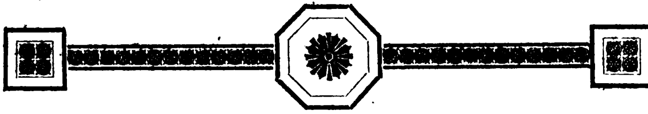
¡Muerta, muerta!

Y sin articular una sílaba mas ni lanzar un solo gemido, cayó al suelo como una masa inerte.

Había muerto.

La congestión fué fulminante.





XIII



ENTRE tanto, y mientras Angel estaba junto al lecho de su madre atendiendola solícitamente, en casa del señor Arbey ocurría la siguiente extraña escena:

¿Quién—preguntó el juez dirigiéndose á la criada que había declarado momentos ántes—podrá facilitarme ciertos detalles que necesito?

¡Yo!—dijo una voz.

El magistrado volvió rápidamente la cara. Su penetrante mirada se fijó profundamente en el pálido rostro de una jóven, casi una niña, que hacía vanos esfuerzos por contener sus lágrimas, y dijo con tono paternal:

¿Cómo se llama V?

Elisa Arbey—respondió la jóven.

¿Qué parentesco le une á V. con la interfecta?

Era mi prima.

¿Sabe V. si su prima tenía enemigos?

¡Ah!... ¿porqué había de tenerlos? Era la santa de las santas!...

Cite V. las personas que visitaban la casa.

¡Oh!... ¡son muchas!

Bueno; la más asídua... la que venía con especialidad á ver á su prima.

¡Ah! un jóven...

¿Y ese jóven?...—preguntó el juez como si se hallára pendiente de las palabras de Elisa.

¡Ese jóven era su novio!

¡Su novio!—exclamó sombríamente el juez.

Sí, señor.

¿Su nombre?...

Angel Mena.

¿Qué clase de sujeto es?...

Una persona muy digna y de una honradéz inmaculada.

¿Cuándo hizo su última visita?

Hace cinco dias.

¿Con qué objeto?

Lo ignoro: hablaba con mi tio.

¿No ha vuelto más?

No, señor.

¿Visitaba á su prometida todas las noches?

Sí, señor.

Entonces, ¿por qué dejó de venir?

Estaban disgustados.

¡Ah!...—exclamó el juez dirigiendo una mirada de inteligencia á su secretario.

Luego prosiguió:

¿Desde la última visita de Angel no se han vuelto á ver Blanca y él?

Sí, señor. Anoche en el baile que dieron los condes de ***

¿Qué aspecto tenía él?

Parecía violento y preocupado.

El juez se calló. Meditaba.

Al cabo de un rato continuó:

¿De que vive ese jóven?

La sorpresa que durante este interrogatorio se notaba en el rostro de Elisa, se acentuó más y sin contestar á la pregunta que le habían dirigido, exclamó con severidad:

¡Es posible que culpe V!...

Yo no culpo á nadie; investigo.

Sin embargo...

¡Conteste—dijo el juez con tono imperativo—y absténgase de comentar!

Pues bien—contestó Elisa irónicamente,—sé que trabaja.

Bueno—dijo el juez—¿Dónde vive ese jóven?

Calle de Concordia número ***

El juez dió por terminado el interrogatorio.

¿Y bien?...—preguntó el secretario.

Es un proceso espantoso!...—murmuró el juez.

¿Qué opina V?

No lo sé... ¡Mi cabeza se pierde en un mar de conjeturas!...

¿Crée V. en la culpabilidad de ese jóven?

Tal vez sea inocente; pero los cargos le abruman. Existe un detalle de importancia capital.

¿Cuál?

Un hombre que va á casarse, no porque ese sea su gusto, sino porque es un negocio... De pronto se ve rechazado, ve perdido el capital que pensaba atrapar, la avaricia y el despecho le ciegan y hiere cobardemente. La pérdida del dinero es el móvil principal del crímen.

El secretario moviendo la cabeza:

Vá V. mal—dijo—por ese camino.

El juez se indignaba por poco.

¿Me reprocha V.—profirió—que obedezca á mi conciencia?

Yo no reprocho nada.

Entonces...

Era una advertencia.

Me hallo—continuó el juez—ante un crímen horriblemente misterioso. Mi deber me impone penetrar esas tinieblas.

Pero ese jóven, insistió el secretario...

Yo me encargo de hacerle confesar.

¡Cuidado!...

He tomado mi partido.

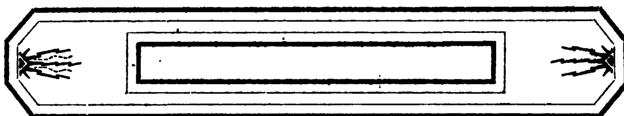
¿Y qué ha resuelto?

Detenerlo.

El juez redactó un auto de prisión, y entregándoselo á un inspector, dijo:

Que sea lo antes posible.





XIV



L comisario partió inmediatamente á evacuar su comisión.

Tomó un coche y se hizo conducir á la morada de Angel.

Poco rato después el vehículo se detuvo frente á una casa de modesta apariencia.

El inspector se extremeció involuntariamente

Tocó suavemente á la puerta.

Un segundo después la puerta se abrió apareciendo en el dintel un joven como de veinte años, de porte distinguido y simpática fisonomía.

¿Es V.—le preguntó el inspector--el inquilino de esta casa?

Sí, señor.

Entonces ¿es al señor Angel Mena á quien tengo el gusto de hablar?

Sí, señor.

Soy un delegado de policía—dijo el inspector franqueando el umbral de la puerta.

Angel se inclinó.

El visitante prosiguió:

Le ruego me dispense si me presento en su casa de improviso, sin tener el gusto de ser conocido por V. Este paso que doy es algo ligero pero V. me disculpará cuando sepa que obedezco á una orden superior.

Ignoro—dijo Angel con asombro—el objeto que motiva su presencia en este sitio, y me someto gustoso; pero como nada hay más penoso que la incertidumbre, le suplico me diga de que se trata.

¡Qué! ¿no lo sabe V.?—preguntó el inspector.

¿Cómo había de saberlo?

Pues bien, joven, se trata de algo grave.

¡De algo grave!—repitió Angel con un extremecimiento de sorpresa.

Sí, por cierto;—continuó el inspector—intereses que le son á V. queridos están en juego; esto es, su libertad, su felicidad, su porvenir...

¡Pero eso no puede ser!—articuló Angel estupefacto—Es imposible; no puedo creerlo. ¿Cómo Vd., cuyo nombre no conozco, se encuentra

mezclado en asuntos que me conciernen pero que yo ignoro?

El inspector se inclinó diciendo:

Esa pregunta me parece muy natural y creo de mi deber contestarla.

La fisonomía bondadosa del inspector tomó un aspecto grave, y la sonrisa indefinible que entreabría sus labios desapareció como desaparece un rayo solar cuando una nube pasa ante él.

Me apresuro satisfacer su pregunta—continuó el inspector;—he tenido el honor de manifestarle que soy un delegado de policía...y con tal carácter y por orden judicial vengo á proceder á la detención de V.

Angel, á pesar de su imperio sobre sí palideció y permaneció un momento mudo.

Al cabo de un rato volvió al sentimiento de la situación y gracias á un heróico esfuerzo pudo reconquistar su espíritu, y dijo con acento débil:

Mi emoción aparente proviene de la sorpresa que hace nacer en mí su misión, porque no sé que tenga que intervenir la policía en nada que me concierna...

¿Es decir—replicó el inspector—que V. cree no tener nada en que tenga que intervenir la policía?

Sí, por cierto, así lo creo.

Está V. completamente equivocado.

¡Pero eso es absurdo!... ¡insensato! V. se burla de mí... eso no es más que una broma... Para ser preso es necesario ser culpable de algo... y mi conciencia está pura!

Esto fué dicho con acento patético y conmovedor.

Perfectamente!—añadió el inspector—nadie cree mejor que yo en su inocencia... á pesar de los cargos que existen...

¿Pero contra mí?

Sí, señor; cargos graves y reales.

¿Está V. en su juicio, caballero?

Creo que sí; y permítame añadir que la misión que se me ha confiado es una prueba irrecusable.

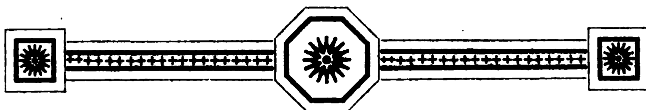
¿Pero entonces de qué se me acusa y quién es mi acusador?

¡Ah! joven, su acusador son los mismos hechos... en cuanto á la acusación es de tal naturaleza... que me horripila...

¿Pero en fin—exclamó Angel cuyo asombro aumentaba por momentos—qué objeto motiva mi detención, de que me acusan?

¡De haber cometido esta noche un asesinato!—dijo el inspector rudamente.

¡Un crimen!...—balbuceó Angel—un crimen!... y me creen culpable!... á mí... á mí!...



XV

DURANTE esta escena, la madre de Angel, que se hallaba en la habitación contigua, se incorporó en la cama con el terror retratado en su pálido semblante; con aquel *terror pánico* que en todo el orbe significa un miedo superlativo, cuyo origen se ignora; y que, según la fábula, fué el que, sobrecogiendo á los Galos capitaneados por Breno, salvó el templo de Apolo del incendio conque aquellos bárbaros lo amenazaban.

La enferma, testigo de la conversación habida entre el inspector y Angel, hubo de permanecer callada, devorando la angustia indecible que sentía: pero cuando oyó el motivo que ori-

ginaba la prisión de su hijo, lanzó un grito profundo, desgarrador, agónico, grito postrero de un alma próxima á abandonar su material envoltura para desparecer en el ignoto seno de la eternidad, grito imposible de definir en el cual iba envuelto todo un poema de agudos y reconcentrados dolores.

Angel se precipitó dentro de la habitación, inclinóse sobre el lecho, estrechó contra su pecho angustioso á su madre moribunda, y dijo con acento trémulo:

¡Mamá, mi querida mamá; cálmate: esto no es más que una horrible equivocación... dos palabras que dirija á este señor lo explicará todo!...

¡Caballero—murmuró el inspector apareciendo en el dintel de aquella cámara de dolor y muerte,—mi cargo es compatible con la humanidad... pero es preciso marcharnos.

Angel, vuelto repentinamente á la realidad de su situación, se estremeció como si hubiera sido tocado por una pila de Volta.

Irguióse rápidamente, estrechó contra sus manos calenturientas las del comisario, y dijo con tono suplicante:

¡Concédame cinco minutos, caballero!

¡Bien!—profirió el inspector.

¡Oh! mamá querida—dijo el joven con emo-

ción frenética,—no temas... volveré pronto... el cielo no desampara á los inocentes!...

Y cubrió de besos y lágrimas el rostro de la pobre enferma.

De pronto retrocedió hasta tocar la pared, con el espanto retratado en sus facciones.

Permaneció un momento inmóvil, con la vista desencajada.

Si Minerva, por uno de aquellos milagros mitológicos, se hubiera presentado en aquel momento, habría creido que Angel, al fijarse en la coraza cubierta con la piel de la serpiente muerta en Libia, había experimentado el extraño y terrible efecto que ocasionaba la petrificante cabeza de Medusa.

Y era que los brazos de la enferma no le habían estrechado, ni sus labios le habían devuelto los besos que estampó sobre su helada frente.

¡Mi madre, mi pobre madre!—gritaba Angel en el paroxismo del dolor.

La enferma cayó de espaldas sobre el lecho.

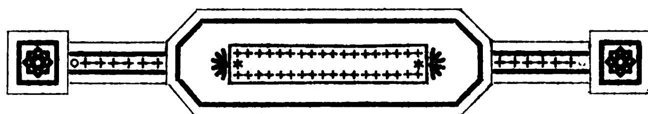
Había espirado.

Que Dios—exclamó Angel—que todo lo vé y lo juzga, te acoja propicio en su seno y me conceda la resignación que necesito para soportar el golpe que me hiere!...

Y ocultó el rostro, mojado por las lágrimas, entre las manos.

¡Pobre joven!—pensó el inspector—Si es culpable, su expiación empieza de una manera muy cruenta; si es inocente... ¡horrible error no igualado en la historia de las trasgresiones jurídicas!...





XVI



MEDIA hora después de la prisión de Angel, estaba el juez en su bufete estudiando el proceso, cuyo estudio le era difícil, porque temía hallar otra pista nueva.

El juez, para evitar que estos temores se realizaran, quería rodearse de cuanto le fuera útil; pero nadie le secundaba: su mismo secretario opinaba de distinto modo.

Al mismo tiempo que el magistrado compulsaba los autos, reflexionaba sobre las dificulta-

des indicadas; y á medida que examinaba la causa más árdua le parecía.

Empero, según leía los autos, asombrábase de la claridad de las ideas y del valor de sus observaciones.

En las circunstancias actuales no puedo obrar solo,—murmuró el juez levantándose.

Después de haberse paseado por su despacho, meditando sobre la situación en que se hallaba, sentóse resueltamente como si hubiera encontrado la solución que buscaba.

Tocó un timbre y apareció un ugier.

Que entre el preso—le dijo el juez.

Acto contínuo, Angel, conducido por dos agentes, fué llevado á presencia del juez; el joven, en cuya frente se retrataba la angustia, estaba sobrecogido por el espanto que inspira la justicia á los hombres más honrados y seguros de sí mismo.

¡Caballero!...—murmuró Angel.

¿Conoce V. á la Srita. Blanca Arbey?—le interrumpió el magistrado bruscamente.

Sí, señor; la conozco.

¿Qué lazos le unían á V. con ella?

Soy su prometido.

¡Cómo! ¿no estaban Vds. disgustados?

Sí, señor; pero era un disgusto sin importancia... ya hemos reanudado las relaciones.

¿Usted, seguramente, no habrá visitado la ca-

sa de su prometida mientras estuvieron disgustados?

Todo lo contrario: hace cuatro días que la visité...

¿Y no ha vuelto á ir más?

No, señor.

¿Esta noche á las siete donde se hallaba V?

En mi casa.

¡Qué! ¿no fué V. á ver á su prometida á esa hora?

Ni á esa ni á ninguna; no salí de casa porque estaba mi madre enferma...

He ahí;—le interrumpió vivamente el juez—una comedia inventada por Vds. para despistar á la justicia... pero la coartada no resulta.

¡Caballero!,—exclamó Angel con dolorosa y severa dignidad—respete V. la magestad de un cadáver!...

¡Qué!...—dijo el juez.

¡Que mi madre ha muerto y que mientras yo posea un átomo de vida haré que se hable de ella con más respeto!...

El juez guardó silencio un momento, al cabo del cual preguntó:

¿Es decir que pretende V. no haber ido anoche á la morada del Sr. Arbey?

Yo no pretendo nada: es lo cierto.

El juez fijó una mirada penetrante en Angel, quien la soportó impasible.

El magistrado prosiguió:

Siento que tome V. las cosas de ese modo porque va á obligarme á que me separe de la línea de conducta que me había trazado.

La amenaza exasperó al joven.

Palideció intensamente y el fuego que brilló en sus ojos no pudo apagarlo el esfuerzo de su voluntad.

¿No comprende V.—continuó fieramente el juez—que la justicia tiene necesidad de castigar al autor miserable del más horrendo de los crímenes? Refiera V. en qué empleó la noche desde que salió del trabajo hasta el momento de su detención. No se precipite, reflexione, tome calma; su respuesta tendrá una influencia decisiva...

Angel, hasta entonces, había permanecido tranquilo; pero con esa tranquilidad que demuestra terribles tempestades interiores.

La advertencia del juez y el tono irónico con que fué dicha le indignaron, y con mal contenida soberbia exclamó:

Acabemos de una vez; ya he dicho que no he salido de mi casa! ¿Qué se quiere de mí?

Lo sabrá V. en su oportunidad; conteste y por su propio interés hable con menos ímpetu.

Angel se encogió de hombros.

¿Conoce V. esto?—preguntóle el juez ense-

ñándole un cuchillo de grandes dimensiones el mismo que había causado la muerte á Blanca.

No, señor—murmuró Angel que, á pesar de su inculpabilidad y del imperio que ejercía sobre sí, palideció visiblemente.

El juez notó la impresión del joven y prosiguió:

¡Vamos, confiese V!...

Nunca confesaré una cosa que no es cierta. Y además, ¿qué interés tendría en negarlo?

El interés de librarse del castigo que los criminales merecen—dijo el juez levantándose.

¿Pero qué delito?...

¡Anoche!—replicó el juez con voz profundamente grave—ha sido cobardemente asesinada la señorita Blanca Arbey!...

¡Gran Dios!—exclamó Angel, dejándose caer en una silla y dirigiendo en derredor suyo miradas extraviadas.

¡Y la justicia—continuó implacablemente el magistrado—tiene poderosas razones para creer que el único autor de ese cobarde crimen, es V.—¿Qué nombre—prosiguió el juez con furia—y qué castigo merece el matador de una niña y de un anciano que muere al ver el cadáver de su hija?... Confiese al fin su delito, porque la inflexible espada de la Ley está levantada sobre su cabeza, preguntándole como Dios

á Caín: ¡Asesino, asesino! ¿qué has hecho de Ernesto y de Blanca Arbey?...

Un rayo caido á los piés de Angel no le hubiera causado el efecto que produjo en él semejante apóstrofe.

Como una persona atacada de un síncope, pálido, desencajado y como si la sangre hubiera afluido de sus venas al corazón, el joven oprimiose la cabeza con ambas manos, y con voz que la fiebre hacía desconocida exclamó:

¡Horrible, horrible, horrible!

¡Infeliz! no pudiendo resistir á la desesperación, se apoderó del puñal homicida y, cual otro Piramo, antes que nadie pudiera evitarlo, se hirió en mitad del corazón, dejando de existir antes de lamentarse.

La sangre brotó á torrentes de la ancha herida.

Desventurado Angel! ni aún el dictado de epigono se le puede aplicar!

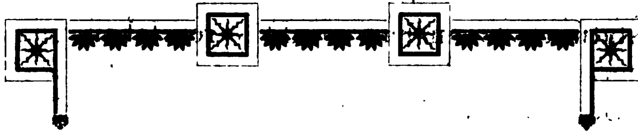
Cuando el proceso incoado con motivo del asesinato de Blanca Arbey fué elevado á plenario, resultó la inocencia de Angel; el verdadero criminal quedó impune, y á pesar de que la policía le siguió distintas veces la pista, no pudo nunca capturarlo. El malvado, á juzgar por sus contínuos disfraces, tenía la propiedad de un Proteo.

El trágico fin de Angel, nos hizo recordar, cuando la Audiencia dió su veredicto, las frases del inspector:

—Si es inocente—¡horrible error no igualado en la historia de las trasgresiones jurídicas!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.





Segunda parte.

INFAMIA Y CASTIGO

I



La noche oscura y fría y el cielo cubierto de plomizos nubarrones, presagiaban una formidable tempestad.

Serían próximamente las ocho de la noche.

Un hombre permanecía inmóvil y como clavado en el suelo frente á una casita situada á un lado del camino del Vedado. Un sombrero de grandes álas descubría á medias los cabellos canos de este personaje; apesar de su actitud encorvada, se comprendía que era de regular

estatura; sus anchas espaldas revelaban una fuerza hercúlea.

Su rostro conservaba todavía una gran regularidad de facciones, pero estaba pálido, ajado, surcado de innumerables arrugas; sus ojos, hundidos y tristes, parecían vidriosos, y sus mejillas se ocultaban bajo una barba espesa y cana.

Su edad frisaba en los cincuenta años y su aspecto acusaba un sufrimiento moral.

Después de permanecer largo rato en la actitud descrita, se acercó rápidamente á la casa mencionada é inclinando la cabeza sobre la puerta, aplicó el oido á la cerradura; profundo silencio reinaba en el interior de aquel sombrío paraje, turbado á cortos intervalos por algún trueno lejano, cuyo lúgubre sonido repercutían siniestramente aquellos desiertos contornos, ó bien por ese viento húmedo, propio de las noches tempestuosas que al batir furiosamente las débiles ramas de los árboles, formaba un murmullo sordo y prolongado.

Al cabo de un rato tocó de un modo particular en la puerta.

¿Quién?—preguntó una voz.

Yo, el de ayer...—respondió el incógnito.

La puerta se entreabrió.

¿Y bien?—preguntó el desconocido á un hombre que apareció en el dintel.

Esta noche—respondió el interrogado—puede V. realizar su intento.

¿Viene él?

Sí.

Con ella... con Isabel?

Sí.

¿Pero es posible que exponga á los rigores de una noche como esta á esa pobre niña?

Es que la policía le sigue la pista y aquí se crée seguro.

¡Ah!... bien... ¿á qué hora?

A las once.

¡Bueno!—exclamó el individuo deslizando en la mano del noticiero algunas monedas.

¡Gracias!—murmuró el desconocido.

¡Ah! toma esta llave y si acaso encierra á Isabel, ábrele la puerta cuando yo llegue.

Está bien.

El misterioso hombre se separó de la puerta.

De pronto y como movido por un impulso de resolución enérgica, echó á andar rectamente por el camino á cuyo lado se alzaba la casa que más tarde había de ser teatro de un drama tan extraño como trágico, dirigiéndose hácia un punto que sus ojos, acostumbrados sin duda á la oscuridad, parecían distinguir entre las brumosidades de la noche.

Este personaje, cuyas pupilas brillaban en la oscuridad con luz fosforescente, caminaba

con el paso firme é inconsciente de un sonámbulo.

Con la cabeza levantada, el pelo erizado y los ojos fijos, atravesaba sobre los espesos matorrales que encontraba á su paso.

La tormenta desplegó al fin su magestad salvaje.

El agua empezó á caer á torrentes y los relámpagos y truenos se sucedían casi sin interrupción.

Los elementos reñían empeñada batalla como si se propusieran destruir el mundo.

El camino se hacía por momentos intransitable, pero el caminante no se desconcertaba y andaba con más tenacidad.

De repente un relámpago, semejante á una lengua de fuego, rasgó las nubes é iluminó el espacio, á cuya rápida claridad apareció, en medio de las tinieblas, un gran peñasco junto al cual se deslizaba, con profundo estruendo, un río.

Este obstáculo no le detuvo.

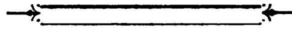
Tomó otra dirección y siguió andando; ningún punto luminoso le guiaba: pero las tinieblas no existían para él; en su vertiginosa marcha no se desviaba una línea del sendero que parecía haberse trazado.

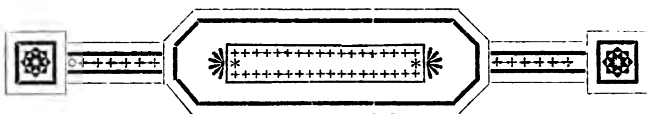
Su mirada se debilitaba y su respiración se hacía por momentos fatigosa; pero no lanzaba

una queja; sacudía violentamente la cabeza y con el rostro coloreado por la precipitación de su marcha, seguía andando. Por último se detuvo; separó con su mano febril los cabellos que caían sobre su rostro y fijó sus ojos persistentes en un punto perceptible para él.

¿Quién era este hombre?

¿Qué fin perseguía?





II



Lo que este personaje miraba era una casita cercada de madera, cuyos contornos á penas se vislumbraban en la densa oscuridad.

Se dirigió hacia ella.

Franqueó la entrada.

Ya en el patio, se acercó á la puerta de la vivienda é introdujo una llave en la cerradura.

La puerta se abrió, dando paso al desconocido quien, después de haberse encerrado, encendió una vela.

El mueblaje de la habitación era sencillo, pero el adorno, aunque pobre, se harmonizaba perfectamente con el gusto y la corrección femeninas.

El incógnito se despojó de la ropa mojada; abrió un baul y sacando de él un traje, se vistió.

Cuando concluyó esta operación, se sentó en una silla, apoyó la cabeza en una mano, mientras que con la otra sacó del bolsillo un medallón que contenía un retrato de mujer; lo besó frenético y repetidas veces, y murmuró ahogado por los sollozos, esta sola palabra:

¡Isabel!

¡Pobre hija mía!—continuó después—arrebatada violenta y cobardemente de mi lado, expuesta á los desordenados apetitos de un miserable!...

Los sollozos ahogaron su voz.

Largo rato permaneció sumido en una postración, como si de todos sus miembros se hubiera apoderado una parálisis.

Roncos sonidos se escapaban de su pecho que la angustia levantaba.

Hizo un ligero movimiento y articuló por segunda vez:

¡Isabel!

De repente su semblante adquirió una expresión extraña y dijo con coraje indefinible:

¡Felipe, Felipe; la hora de mi venganza ha sonado... y seré implacable!...

Un grito agudo, seguido de uno de esos gemidos que revelan claramente un sufrimiento cruel, se escapó de la garganta del infeliz.

¡Ah!—exclamó—yo te demostraré, Felipe, que tu vida depende de mi... Me comprenderás... ¡Sí, ya lo creo que me comprenderás y habrás de entregarme á Isabel... porque sino... ¡desgraciado de tí!...

Una gran exaltación se apoderó del pobre anciano.

Su único pensamiento, según podemos colegir de sus palabras, era apoderarse de su hija y desenmascarar al bribón que la retenía.

Galvanizado por la violenta idea que lo dominaba, se puso en pié.

Abrió una pequeña maleta y sacando de ella un revólver de gran tamaño, se lo colocó en la cintura; envolviose en un abrigo y miró al patio, por un empañado cristal colocado en una ventanilla.

La tormenta había calmado por completo. Solo caía alguna que otra llovizna.

Por fin salió de la casa y se dirigió á un pequeño cobertizo que estaba en el patio: á los pocos segundos apareció conduciendo por la brida un hermoso caballo.

Se montó en él y emprendió una carrera vertiginosa á través del campo.

A juzgar por la dirección que llevaba se dirigía al mismo lugar de donde había partido momentos antes.

Media hora después llegó al término de su

viaje; echó pié á tierra y acercose á la parte lateral de la casa.

Escaló la reja.

Hecho esto, atravesó con paso rápido y silencioso un jardín, yendo á enfrentarse con una puerta pequeña, pero sólida.

Estaba cerrada con llave.

Entonces introdujo, entre la juntura de la puerta, un instrumento parecido á una lima.

El pestillo de la cerradura saltó.

Atravesó un cuarto y luego otro: en este había un lecho.

Un quinqué, colocado sobre una mesa de noche, derramaba en aquel silencioso cuarto su luz pálida y mortecina.

El anciano se detuvo, y permaneció un momento inmóvil.

En su semblante se notaba una inquietud extraña y un poder sobrenatural parecía detener en él la acción de la voluntad.

De pronto, y con la rapidez del tigre al lanzarse sobre su presa, avanzó hacia el lecho: en éste dormia un hombre, con un sueño agitadísimo.

Las fauces del durmiente parecían hinchadas, con esa hinchazón que origina el fuego aspirado; manoteaba en el vacío como si se defendiera de un ataque...

El anciano, al verlo, hizo un gesto implacable

de odio; y llevándose una mano á la cintura la sacó armada del revólver; dió un paso más y tropezó con un mueble que cayó estrepitosamente.

El hombre, bruscamente despertado, se incorporó con rapidéz. Estendió en derredor suyo una mirada extraviada y después fijó la vista en el semblante amenazador del desconocido; por un momento brilló en aquella mirada el terror, el aborrecimiento.

Dios, cuando maldijo á Caín, no vió en las pupilas del siniestro fratricida un destello más horrible.

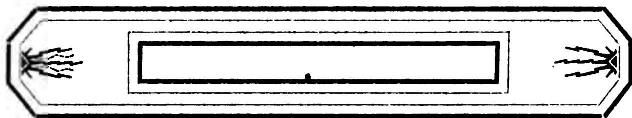
Luego se apagó todo aquel fuego y murmuró con voz sorda:

¡Fernando!

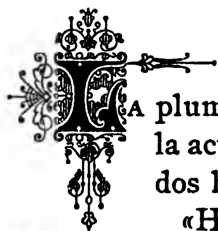
Y al decir esto apareció en su semblante una expresión compasiva que tuvo la duración de los meteoros que cruzan entre dos nubes la atmósfera tempestuosa.

¡Sí, Fernando;—repitió el nocturno visitante—Fernando que viene á pedirte cuenta de tu infamia; Fernando que quiere saber que has hecho de su hija; Fernando, en fin, que no quiere que tus crímenes queden impunes.





III



A pluma no puede trasladar al papel la actitud terrible y fiera de aquellos dos hombres.

«Hasta hace poco—decía Fernando con más calma—vivíamos mi hija y yo, pobres, pero felices; la mas ligera nube no empañaba el límpido cielo de nuestra dicha. Dios me había dado la paz y la felicidad que apetecía deparando un buen porvenir para mi hija. Pero el genio del mal, que nunca duerme, hizo que yo conociera á un hombre. Le dí crédito á todas las patrañas que me refirió. En mi humilde casa halló la hospitalidad que ambicionaba para la mejor realización de sus mal-

dades; en mí un amigo y en mi hija una hermana......»

¿Pero á que viene eso ahora?—dijo el desconocido.

Fernando miró fijamente á su interlocutor, y de sus ojos partió, como un relámpago, una mirada sombría.

Eso que estoy diciendo—continuó Fernando—es una historia...

¿Una historia?...

Sí, la tuya...

¿La mía?...

«¡La historia—prosiguió el anciano--de un miserable traidor. ¡Oh! en esta historia hay episodios que merecen la pena de contarse y que te han de producir más efectos de los que crees.»

Terminemos de una vez;—rugió el desconocido que no había podido dominar un estremecimiento de terror al oir las palabras de Fernando—¿qué es lo que V. se propone con todo eso que está diciendo?

«Aquel hombre,—continuó el narrador—que era protegido por mí, es el causante de todas mis desgracias; aquel hombre, en fin, eres tú, Felipe!... Vengo, primeramente, á reclamarte á mi hija, á Isabel.... ¿qué has hecho de ella?»

El hombre á quien hemos oido llamar Fe-

lipe meditó un minuto, al cabo del cual, dijo sin atender á la pregunta que se le había hecho:

- Desvíe ese revólver, Fernando, y escúcheme... tengo que hablarle...

¡Y yo no quiero oirte!—replicó Fernando.—Dime que ha sido de Isabel, porque sino te he de matar como á un perro!...

¡Bah!

¿Me desafías?...

Felipe, por toda respuesta, se encogió de hombros.

Fernando temblaba de ira, pero persuadido de que no conseguiría nada por la violencia, colocó el arma que esgrimía, sobre la mesa, y dijo:

Habla, pero sé breve. ¿Qué tienes que decirme?

Que en cuestión de amores cada cual obra como mejor pueda. Su pretensión...

Mi pretensión! — exclamó Fernando — ¿te atreves á hablar de mi pretensión?

¡Ah, ah! ¿está V. nervioso?—dijo Felipe notando la excitación del anciano.

Sí, estoy nervioso; pero es de coraje. Me asombra mi paciencia puesto que en vez de aplastarte te escucho y me digno contestarte.

La actitud de Fernando al decir lo que precede era terrible y amenazadora.

Felipe, aterrado, retrocedió hasta el fondo de la habitación.

Ya veo—dijo Fernando—que eres un criminal de ocasión sin valor ni fuerza.

¿Ha olvidado V.—murmuró Felipe algo repuesto—que está en mi casa y que tengo derecho á hacerle salir de ella? ¿O es que quiere que lo entregue á la policía como á un ladrón que aprovecha la oscuridad de la noche para introducirse en las casas por medio de llaves falsas?

¡Mírame frente á frente, Felipe, y atrévete á repetir semejante amenaza!

¡Pues sí, lo haré como lo digo!

Hazlo cuanto antes!—gritó Fernando—pero ten cuidado...

¿Y qué puedo temer?

¡Que el acusado se convierta en acusador!

¿Y bien?

Que yo saldria siempre mejor librado que tú... ¡Oh! bien sabes que yo nada pierdo, mientras que tú arriesgas la cabeza...

¡La cabeza!...—repitió Felipe inmutado.

¡Sí, la cabeza!—afirmó Fernando.—Conozco los más mínimos detalles de tu vida y la casualidad me ha hecho conocer una de tus más grandes infamias. Para la justicia—decía Fernando con tono sarcástico—yo seré todo lo que

tú quieras que sea...... un ladrón que se ha introducido en tu casa con intenciones nada honrosas...... pero á mi vez me tocaría hablar ¡y te probaría facilmente que eres un gran asesino!

¡Yo, yo un asesino!—exclamó Felipe pasándose por la frente su mano trémula como si quisiera alejar la idea que se le ocurría.

Sí!—replicó Fernando—tus manos gotean todavía la sangre de tus víctimas!......

¡Fernando, Fernando!— rugió Felipe, arrojándose sobre el anciano.

¡Atrás, miserable; atrás, asesino de Ernesto y de Blanca Arbey!......

La palidéz de Felipe era muy grande, y sin embargo, su rostro palideció más todavía cuando Fernando pronunció las siniestras palabras que acabamos de reproducir.

Pues bién ¿y qué?—replicó el miserable con tono provocador;— no sé si la sangre vertida deba interesarle en algo.

Y arrojándose sobre la mesa, se apoderó del revólver, diciendo:

¡Sabe Vd. demasiado!

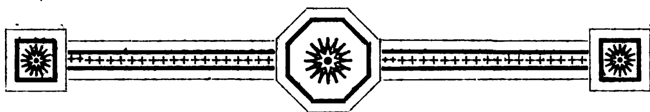
Sus dedos soltaron el gatillo, y una detonación, seguida de una blasfemia, se dejó oir.

Cuando el humo se disipó, Fernando, de pié é inmóvil, desafiaba con el fulgor de su impo-

nente mirada á Felipe, que, aterrado, retrocedió, sintiendo su pequeñez en presencia de aquel hombre.

La bala, por un milagro providencial se desvió, yendo á incrustarse en la pared.





IV



Hernando, al notar el terror de Felipe, dijo:

Tú, que siempre has vivido una vida infame....

Felipe protestó:

«Déjame concluir — continuó el anciano.— Una noche estaba yo durmiendo tranquilamente en mi casa. Era una noche terrible; llovía de un modo torrencial. De pronto oí dentro de mi habitación un grito de socorro: me levanté enseguida y ví con asombro la puerta de mi casa abierta; no había tenido tiempo de nada, cuando ví delante de mí dos hombres.

«Aquellos miserables habían aprovechado la

tempestad para entrar en mi morada; el que hacía de jefe eres tú, Felipe; tú que te encarastes conmigo insolente y altanero.

«Tú, que habías concebido un amor violento por mi hija.

«Me la pedistes en matrimonio y te la negué porque ya te conocía lo bastante para ocasionar la desgracia de mi hija.»

Felipe hizo un gesto de disgusto.

Fernando prosiguió:

«Entonces meditastes el medio de satisfacer tus brutales apetitos, para cuyo objeto asaltastes mi hogar.

«Ahora llegamos al momento en que entablastes conmigo una lucha; yo sin más defensa que mis brazos y tú con un puñal. Mientras luchábamos, tu cómplice se apoderó de Isabel, que estaba desmayada, y huyó precipitadamente.

«Traté de perseguirlo y entonces me heristes; caí al suelo á causa de la pérdida de sangre, y, creyéndome muerto, me abandonastes.»

Fernando se calló; contempló fijamente á Felipe que lo escuchaba inmóvil y continuó:

«Han pasado tres meses y todavía me acuerdo, como de un ensueño sangriento, de aquella noche espantosa...

«Luego, cuando mi razón pudo juzgar de mi existencia, me hallé acostado en una cama

y á mi cabecera ví á un hombre que yo no conocía.»

En el rostro de Felipe se reflejó una expresión particular.

¿Y aquel hombre?...—preguntó con voz profundamente alterada.

«Aquel hombre—contestó lugubremente Fernando—era tu cómplice que había venido en mi auxilio no para acallar los remordimientos de su conciencia sino para vengarse de una mala partida que le jugastes. ¡Oh! aquel hombre me refirió una historia terrible...... la historia de tus crímenes!......»

¿Y nada más?

«¡Sí; me dijo el nombre de tus víctimas, de tus víctimas, Felipe, que están pidiendo desde su sepulcro el castigo para su matador!...... Aquel hombre, en fin, me ha proporcionado el conocimiento de tu güarida que para mi significa la venganza por tanto tiempo anhelada...»

Fernando notó la impresión que causaba en Felipe y prosiguió con doble dureza:

«¡Tienes razón en temblar, Felipe, porque entre tú y yo existe un abismo en el que ha de hundirse para siempre uno de los dos; tiemblas porque la mano del padre es bastante fuerte para aniquilar al cobarde que mancilló tal vez á la hija!»

Fernando, al decir esto, se arrojó sobre Feli-

pe. Entablóse entre ambos una lucha furiosa, lucha de fieras. El anciano logró apoderarse del revólver. La victoria estaba en aquel momento por Fernando, pero Felipe, con un movimiento astuto, pudo acercarse á la cama; introdujo rápidamente la mano debajo de la almohada y la sacó armada de una pistola, disparándola sobre Fernando, que cayó pesadamente á tierra. Rodaron sus ojos en sus órbitas y espiró sin que sus labios exhalaran más que un débil gemido.

Felipe lo contempló por un momento con una mirada atónita; luego sintió miedo junto á aquel cadáver, terror pánico se apoderó de él, y trató de huir; pero en aquel instante apareció en el dintel de la habitación una joven con el semblante descompuesto, las manos crispadas, torva la mirada que causaba espanto.

¡Isabel!—murmuró Felipe.

Y sin añadir una sola palabra más, pálido, con los ojos extraviados y la boca entreabierta, retrocedió.

¡Sangre!...... ¡Ah, mi padre!— exclamó la joven entrando en la habitación.

Y, dirigiéndose á Felipe, continuó:

Miserable! ¡Todavía se arrastraba V. á mis piés brindándome su cariño...... Es necesario que yo piense...... que mate para no ser matada!...... ¡Ah, no! su vida no satisface á mi ven-

ganza......venganza implacable, venganza de fiera, póstuma donación que me ha dejado mi padre......

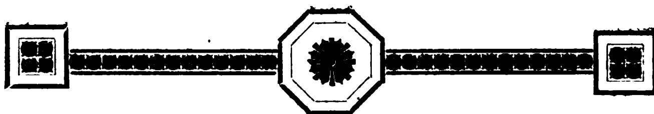
La joven se calló.

En sus ojos brillaba una resolución sombría.

Acabemos de una vez, Isabel,—murmuró Felipe que no había podido dominar un extremecimiento de horror al escuchar las palabras de su interlocutora—¿qué es lo que V. se propone con todo eso que está diciendo?

¿Yo? Ya V. lo oye; le anuncio el castigo que merece.





V



UBO un momento de silencio.

Por último Felipe fijó una mirada en el rostro de aquella enérgica mujer, y por un momento brilló en ella el deseo; el aborrecimiento, todas las malas pasiones reunidas en un solo reflejo tan siniestro como repugnante.

¡Está bien!—murmuró el miserable dirigiéndose á la puerta de salida.

¿Dónde va V?—le preguntó la joven.

Felipe no contestó.

Isabel se interpuso entre él y la puerta diciendo:

¿Y si yo no lo dejara salir?

Lo veremos.

Pues nó, nó saldrá, porque quiero que pague el delito que ha cometido.

Felipe se detuvo.

Siento—murmuró—tener que apelar á medios violentos. Créame, Isabel, y déjeme que me aleje... Ignoro lo que ha pasado en mi casa y no puede V. exigirme responsabilidad...

Si es que no quiero, ya se lo he dicho; no saldrá de aquí porque quiero que la justicia, que ha de llegar, conozca su crímen...

Felipe no fué dueño de contenerse.

La amenaza hizo su efecto.

Palideció intensamente y el fuego que brilló en sus ojos no pudo apagarlo el esfuerzo de su voluntad.

¿Eso hará V?—dijo.

Sí, es mi obligación entregar á la justicia al miserable que me ha dejado huérfana.

La fuerza está de mi parte... Soy la fiera cuya opresión hace sangre; V. ha querido que lo muerda y no debe quejarse... Ha creido V. que yo iba á dar crédito á sus afectos?

¿Ha creido V. que yo, adormecida con sus inmundas palabras, iba á olvidar su infame proceder? Ah! necio error que pagará V. muy caro!

Déjeme salir y no provoque mi enojo, no sea que, colocado en la pendiente en que V. misma me ha puesto, llegue á un extremo desas-

troso para los dos. Déjeme salir y concluya todo entre nosotros.

No, miserable!—exclamó Isabel con el semblante descompuesto; encendida la pupila y tembloroso el labio—de aquí no saldrá hasta que no venga la justicia.

¡Ay de V. si me detiene un segundo más!

¿Me amenaza V?

¿Qué he de hacer si V. se obstina?... Déjeme salir!

¡No saldrá!—gritó Isabel sacando un afilado cuchillo que llevaba oculto bajo el delantal.

¡Isabel!—exclamó Felipe temblando—mire lo que hace, ¡mire que la paciencia tiene su límite!

Si es que no lo dejaré marchar hasta no entregarlo á la justicia, que es la única satisfacción que puedo disfrutar.

Isabel! ya que es V. la serpiente que envenena, no me obligue á arrancarle la ponzoña. Por última vez, déjeme la salida franca!

¡No!

Me hará V. hacer uso del derecho del más fuerte.

Dé un paso y lo verá.

Le he dicho que me deje salir, le he suplicado, pero una vez que me obliga no tengo más remedio que emplear la fuerza contra la violencia.

Y Felipe, al decir esto, trató de separar de la puerta á Isabel.

Pero la joven era de un temperamento más fuerte de lo que él creía.

Alzó el puñal y lo dejó caer en el brazo de Felipe que, al sentirse herido, lanzó un rugido de furor y como si su vista se hubiera oscurecido por un velo de sangre, se arrojó sobre la joven arrancándole el puñal de las manos.

¡Ahora—exclamó—déjeme la puerta franca!

¡No,—dijo Isabel afirmándose fuertemente á la puerta y dando gritos.

¡Silencio!—murmuró el miserable tapándole la boca con las manos á la joven.

Pero Isabel se revolvió furiosa y mordió la mano que pretendía hacerla callar.

Felipe retiró la mano mordida y la joven aprovechó la ocasión para gritar pidiendo socorro.

Nadie la oirá;—dijo el bandido blandiendo el puñal y dejándolo caer en el pecho de la joven.

La punta del arma se partió.

Había chocado contra una medalla que llevaba la joven pendiente de una gargantilla.

Isabel retrocedió aterrada, y falta de fuerzas por los esfuerzos que había hecho, vaciló como una persona ebria, y cayó desplomada.

Felipe arrojó inconscientemente el puñal y exclamó con voz lúgubre:

¡Oh, el destino!... Cúmplase de una vez...

Y fijando una mirada en la joven, cuyo rostro parecía modelado en cera vírgen, huyó, como Alcmeon perseguido por las Eumenides, de aquella casa mortuoria.

Salió al jardín.

Un resplendor rojizo que se divisaba á lo lejos, fué lo primero que hirió su vista.

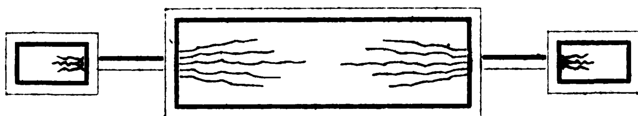
Era la casa de Fernando que ardía.

La vela, que él había dejado encendida sobre la silla, se füé consumiendo hasta que llegó á la regilla dando orígen á que se propagara á la casa.

El fuerte viento que reinaba le hizo tomar incremento.

Cinco minutos después cayó, más bien por el viento que por la candela, pues el agua que había caido sobre ella, la preservaba del fuego en ciertas partes.





VI



ELIPE, después de haber recorrido precipitadamente todo el patio, salió al campo.

El aire de la noche refrescó un tanto su cerebro, reproduciendo en su imaginación, con todos sus horrendos detalles, el crímen alevoso que acababa de cometer.

A los pocos pasos distinguió un caballo: era el que montó Fernando.

De un salto colocóse sobre él, y sin volver el rostro, se lanzó á la carrera.

La tormenta empezó de nuevo, aumentando en intensidad.

Y Felipe proseguía su marcha ciego, iracun-

do, la mirada centelleante y blasfemando horriblemente.

Parecía el genio de la destrucción en medio de las tinieblas.

....

Un trueno espantoso, que hizo estremecer el monte hasta en su base, retumbó en el espacio.

El caballo, espantado, dió un salto, arrojando al ginete: una desesperada imprecación, lanzada por Felipe, fué simultánea á un choque fuerte.

La cabeza del miserable había chocado contra un grueso peñasco.

A pesar de que el golpe era mortal, la agonía de Felipe fué de larga y desesperada duración.

¡Así debieron ser los últimos momentos del cíclope Polifemo!

* * *

Un cuarto de hora hacía que Isabel estaba desmayada.

A juzgar por la rigidéz de sus miembros, hubiérase dicho que estaba muerta, si un estremecimiento convulsivo no hubiera agitado el cuerpo de la infeliz; sus párpados se movieron levemente cual si despertara de un profundo sueño; su boca se entreabrió como para son-

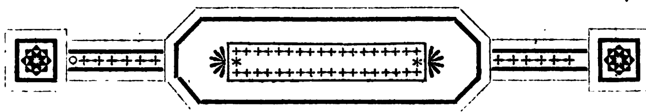
reir; su pecho se levantó agitado, y la vida animó otra vez su angelical semblante.

Se incorporó, fijó una mirada sombría en el rostro de su padre, y acercando sus pálidos lábios á la mejilla lívida del adorado muerto, depositó en ella un beso que resonó en su lacerado corazón, si es que las cosas físicas son comparables á los afectos morales... Pero de repente la joven sufrió una rápida metamórfosis.

Se anubló su rostro, se contrajeron sus cejas, su cuerpo tembló como tocado por una descarga eléctrica, y llevándose las manos á la cabeza lanzó una carcajada dilatada y estruendosa.

Habia perdido la razón.





VII



ERA de noche.

Una de esas noches de verano en que todos sentimos las delicias de vivir.

La luna, en todo su apogeo, brillaba en medio de un cielo tan puro y transparente que las miradas se perdían en la inmensidad del infinito viendo aparecer y desaparecer momentáneamente las estrellas que como diminutos puntos brillantes recamaban con rica y caprichosa labor el amplio manto de la noche, que ofrecía un aspecto grandioso.

Céfiro recorría blandamente la atmósfera como para hacernos olvidar los rigores de Febo.

Las alamedas llevaban á los oidos el murmullo de sus hojas y las fuentes el rumor de sus aguas.

La naturaleza, en fin, envuelta en sus lóbregos misterios, todo lo engrandecía, todo lo poetizaba con los encantos propios de los paises tropicales.

La calle de Escobar, en su primera cuadra, estaba casi desierta.

Solo una mujer, que parecía enferma á juzgar por su aspecto, avanzaba, con paso inseguro y rápido, en dirección á la playa.

La suave claridad de la luna, que iluminaba de soslayo á la joven, ponía de manifiesto la esbeltéz natural de sus formas.

Dijérase que era una de aquellas criaturas fantásticas, aéreas, de que nos habla la sombría imaginación de los antiguos.

Se llamaba Isabel.

Detúvose al fin en la acera opuesta á la playa; parecía estar pensando.

¿En qué pensaría la desgraciada joven, nueva Antiope, cuando su alma estaba ausente?

¡Ah, los abismos del alma humana!

Tal véz pensaba en el agua que la atraía, en el agua que se mecía frente á ella misteriosa y profunda, y que, al agitarse tumultuosamente, parecía tener vida y pensamiento.

Isabel se acercó al fin á la playa y contem-

pló el agua más de cerca; el líquido abismo absorvía toda su atención; quizás lo consideraba como el fin de sus males; quizás pensaba encontrar en aquel meciente cristal el olvido de su pasado, el reposo que tanto necesitaba su espíritu...

¡Infeliz!

¡Vá, pués, á morir, y, cual otra Dido, con resolución inaudita, embellecida por la desesperación, más grande en su dolor que lo fué mártir alguna, dejóse deslizar en el agua, desapareciendo en ella.

Las ondas, indiferentes á aquella muerte, apénas se formaron en derredor de la suicida.

Entre tanto, sobre la superficie pérfida de Anfitrite, cuya tranquilidad no se había alterado, Diana, impasible testigo de tanta desesperación, se reflejaba argentada.

Aquella muerte formaba un completo contraste con el silencio de la naturaleza.

¿Qué significaba para ella aquel suceso tan triste para nosotros?

La tierra no es más que un átomo que da vueltas por espacios inmensos donde giran otros mundos y otros soles infinitamente más grandes y perfectos.

Aquel pedazo de mar no era más que un pliegue imperceptible de nuestro planeta, é

Isabel un débil gusano cansado de arrastrar penosamente la vida.

Por eso la luna seguía su curso magestuoso.

*
* *

Al dia siguiente, los periódicos de la tarde se expresaban en estos ó parecidos términos:

SUICIDIO FRUSTRADO.

Anoche, poco antes de las ocho, trató de poner fin á sus dias arrojándose al mar cerca del caletón de San Lázaro, una joven llamada Isabel Mayol, que es, si mal no recordamos, hija del anciano que fué asesinado hará cosa de un més en el Vedado; y hubiera realizado su intento, á no ser por el oportuno auxilio que le prestó el joven don Aurelio C..., cuyos sentimientos humanitarios son bien conocidos por no ser esta la primera vez que realiza hechos de semejante naturaleza.

Reconocida la paciente por el médico forense, este certificó que el estado de la joven era grave pero no mortal.

Respecto de las causas que la indujeron á atentar contra su vida, su señora tía manifestó que su sobrina padecía de accesos cerebrales desde la muerte de su padre.»

Pocos dias despues publicaba un importante diario lo siguiente:

ISABEL MAYOL.

Constantes siempre en nuestro propósito de tener al público al corriente de todo lo que tenga interés general, podemos manifestarle, como ampliación á la noticia que hemos dado anteriormente, que la joven doña Isabel Mayol, que fué extraída milagrosamente del mar, está fuera de peligro, gracias al inteligente facultativo que la asiste.

«La locura, esa enfermedad terrible que martilló su cerebro, tambien ha desaparecido por completo; obedece esta causa á la fuerte conmoción que experimentó la joven al intentar su extremo propósito, que no solo le ha devuelto la perdida inteligencia sino que tambien ha servido para exclarecer el misterio que envolvía el asesinato de su padre.»

El mismo periódico relataba después las peripecias de aquel trágico suceso y concluía diciendo:

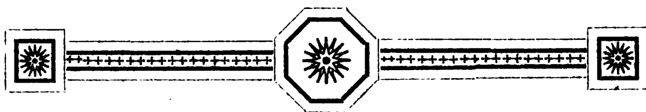
«Ya saben nuestros lectores quien fué el alevoso asesino de Fernando Mayol: Felipe Más, monstruo á cuyas maldades puso fin la Providencia infalible. La huérfana tambien lo ha señalado como único autor del crímen de

Blanca Arbey, por haber oído, oculta en la habitación contigua á la en que fué muerto su padre, el apóstrofe que este le dirigió á su matador respecto de aquel asunto que vivirá en la memoria de todos.

«Hoy que la luz ha disipado las tinieblas, no protestamos como hicimos cuando el sumario se encontraba todavía *sub-judice*, no impugnamos, porque no hallando vocablos con que anatematizar, nos contentamos con presentar á la consideración pública la personalidad jurídica del responsable directo de la muerte de doña Rosa Mena y de su hijo Angel, acusado como autor del crímen por el solo hecho de llevar relaciones amorosas con la interfecta Blanca Arbey.

¡Oh, la justicia humana!»





VIII



URELIO C..., aquel heróico joven que, salvando de una muerte cierta á Isabel, demostró la sublime abnegación de su alma grandemente noble, era hijo de padres bastante acomodados, residentes en la provincia de Matanzas.

Habiendo obtenido el título de bachiller en la Aténas cubana, pasó á la capital para seguir la carrera de abogado.

A pesar de su corta edad, era uno de esos jóvenes excepcionales, raros ejemplos entre los que se dedican á los estudios universitarios.

Acostumbraba visitar todas las noches á una

familia que vivía en la calzada de San Lázaro, donde pasaba la velada con entera satisfacción.

Este hábito, atemperado en él, le valió salvar milagrosamente á la infortunada joven; la casualidad lo hizo llegar en el momento en que Isabel se arrojó al agua.

Aurelio, sin reflexionar en la gravedad del asunto, corrió en dirección á la playa, extendió una mirada rápida sobre la inmensa superficie del líquido abismo y se lanzó en él.

Lo demás ya lo sabemos.

Aurelio iba todos los días á la morada de Isabel para enterarse de su estado.

Transcurrieron dos meses.

El lugar de la escena ya no es la Habana.

Pocos días después de haberse curado Isabel partieron, ella y su tía, para Jesús del Monte.

Allí alquilaron una casa solariega que todavía existe: un jardín inmenso la rodea, y las ramas de sus viejos árboles dominan las elevadas paredes.

En aquel retiro se resarcían nuestros personajes de las pasadas penalidades.

Aurelio seguía, como antes, visitando á Isabel, cuya desgracia había hallado un eco en el corazón del joven.

Un sentimiento, desconocido para él, lo absorvía.

La belleza de Isabel, aumentada por su eterna

melancolía, había despertado en su alma generosa un amor profundo, uno de esos amores que se apoderan del corazón, inyectan los nervios y hacen arder la sangre en las venas.

Luchó por contener la pasión que lo devoraba y pasó ratos desesperados; pero todo fué inútil.

Se convenció al fin de que el hombre, sea cual fuere su fuerza moral y su insensibilidad, tiene que doblegarse ante el poder de un dueño absoluto, el amor; ese sentimiento exquisito y poderoso que saca al hombre de su sér para hacerlo gozar ó padecer con los dolores y los placeres agenos.

¡Aurelio amaba!...

Y amaba apasionadamente á Isabel.

Todas las batallas que contra sí mismo emprendía el enamorado joven para borrar de su pensamiento la imagen de Isabel, eran inútiles.

Se había impuesto la consigna de amar á la joven pero con el cariño puro y desinteresado de un hermano.

Llegó por fin á convencerse de que no podría cumplir su propósito, y esta idea lo tenía triste y cabizbajo.

El amor triunfó.

Un día fué Aurelio á comer en casa de nuestras amigas.

Durante la comida se habló de cosas insignificantes.

Isabel apenas tomó parte en la conversación y no hacía esfuerzo alguno para ocultar su tristeza.

La tía de la jóven era uno de esos espíritus extraordinarios.

Sus miradas se fijaban insistente en Aurelio é Isabel.

Después de la comida, en la cual ella sostuvo la conversación, pasaron al salón para tomar café; Aurelio parecía pensar.

A la caida del sol bajaron al jardín.

Aurelio habría sido muy feliz si hubiera podido admirar con libertad, y solo con Isabel las floridas alamedas que rodeaban aquel jardín; las hermosas fuentes que lanzaban sobre las flores su lluvia deslumbradora, y todo ese lujo inventado por el arte, al que la naturaleza ayudaba con tanta generosidad.

Pero él marchaba al lado de la tía de Isabel sin poder decir á ésta lo que su corazón sentía.

En vista de esto tomó el partido de aprovechar la primera oportunidad para hablarle á la joven.

Esta ocasión no se hizo esperar.

Isabel y Aurelio quedaron solos en el jardín, pero en diferentes lugares, pues mientras el enamorado mancebo hablaba con la tía, la

joven se había quedado en una calle del jardín cortando flores, ó aparentando cortarlas.

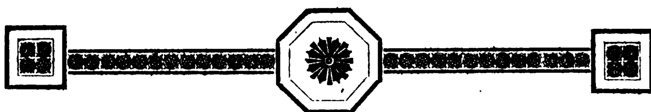
Aurelio, después de haber andado largo rato por una doble alameda de álamos blancos de Italia, vió al pié de un oloroso naranjo y sentada en un banco de piedra, á Isabel, con la cabeza indolentemente inclinada: una expresión de tristeza infinita envolvía sus infantiles facciones.

Aurelio se acercó á ella, ofrecióle el brazo, la encantadora joven se apoyó en él y fijando sus grandes y aterciopelados ojos en el plácido rostro de su abnegado salvador, pareció interrogarle.

El noble joven correspondió con la misma mirada y le dijo dulcemente:

Tenemos que hablar.





IX



LA tarde era magnífica; el sol poniente doraba, con sus postreros resplandores, las copas de los árboles.

Millares de insectos de luz, esparcidos por el césped, daban vueltas como preparándose para competir con las estrellas.

¡Grandioso espectáculo en verdad!

La avenida estaba llena de arbustos cargados de lilas y flores que perfumaban la atmósfera.

Ambos jóvenes marchaban lentamente; él experimentaba un placer tan grande que se elevaba hasta lo desconocido.

Su cerebro ardía, y en su alma se desperta-

ban sensaciones extraordinarias: ¿qué había sido de la calma monótona que hasta entonces disfrutaba?

A pesar de que la agitación que él sentía lo hacía sufrir, no deseaba que cesara.

¡Ah!—pensaba—si lo que yo experimento es un crímen, que se piense, para que se me excuse; no conozco el mundo, ni sus exigencias, ni sus pasiones.

Y decía la verdad: aquel joven conservaba el alma de un niño en un cuerpo núbil.

El era el confidente de Isabel, quien le había iniciado en faltas y dolores nacidos de pasiones exaltadas, á impulsos de las miserias humanas.

Al preservarla del peligro, ¿no interesaría demasiado su ánimo en las delicias mundanales?

Estas temerosas reflexiones que se hacía Aurelio, abrían vasto campo á su calenturienta imaginación; su sangre, que siempre había circulado lentamente, bullía con violencia en sus venas.

Le causaba instintivamente miedo la senda que se abría ante él; no se juzgaba con fuerza ni inteligencia necesarias para separarse de ella.

Se consideraba completamente inútil para representar un papel, por secundario que fuera,

en la escena de este revuelto carnaval que se llama mundo.

Bajo la influencia de un hermoso cielo, en cuyo límpido azul, grandioso libro, se, leía el poder omnipotente, conservó por largo espacio pensamientos extraños: cometió el pecado de los celos.

¿De quién?

Habían llegado á una senda estrecha cercada de piedras, de cuya altura se despeñaba una cascada.

La noche había cerrado.

La luna brilló en toda su plenitud y sus resplandores iluminaron la masa de agua que caía en un lecho de musgo rodeado de preciosas flores.

La soledad de aquel sitio convidaba al reposo.

Isabel, comprendiéndolo así, se detuvo, apoyándose en un pedrusco saliente.

Aurelio fijó la vista en ella: su hermosa cabellera, negra como el azabache, se hallaba envuelta en una escofieta de tafetan guarnecida de un ancho encaje. Sus ojos excedían en brillo á la luna.

Sonrió alegremente; y su espíritu infantil se abrió á la poesía que brindaba la naturaleza.

Aurelio se oprimió fuertemente el pecho co-

mo si tratara de contener los latidos de su corazón y articuló debilmente:

En carta que he recibido ayer de mi casa, mi padre me previene su deseo de casarme con una joven, de la que es su tutor. Pero yo no soy hipócrita; guardo en el fondo de mi corazón un secreto... yo no quiero casarme...

¿Y no es Vd. libre para negarse? ¿Quién lo obliga?—preguntó con acento trémulo Isabel.

¡Ah! nadie me obliga—respondió Aurelio;—pero aunque me obligaran no podría obedecer...

Isabel suspiró.

Hubo un momento de silencio.

La joven, notando el estado de Aurelio, dijo con vehemente interés:

¡Pobre amigo! ¿A qué viene esa desesperación?...

¡Porque amo, Isabel—exclamó el jóven—porque amo con toda la fuerza de mi juventud, con vehemencia!

¡Ah!—suspiró Isabel.

Y su rostro palideció y su cuerpo tembló como si hubieran aplicado á su organismo una corriente eléctrica.

Comprendo que me tiene Vd. lástima—prosiguió Aurelio—¡Ah! Vd. será la única que podrá evitar que ese matrimonio se realice, porque sino, me mataré; ¡sí! ¡me mataré!...

¿Es posible?— murmuró Isabel— que no se pueda impedir la desgracia más que por medio del crimen?... ¡Ah, soy bien desgraciada!...

¡Qué! ¿qué es lo que Vd. dice?— preguntó trémulo Aurelio.

Isabel apoyó una mano en el hombro del jóven y dijo:

¡Yo también amo... y no soy correspondida!

¡Maldición!—exclamó Aurelio retrocediendo.

¿Por qué?—preguntó Isabel?

Porque la mujer á quien yo amo, la mujer por quien sufro, la mujer que forma parte de mi ser...

¿Esa mujer?—preguntó la jóven como pendiente de la respuesta.

¡Esa mujer—continuó Aurelio con vehemencia—esa mujer es Vd!...

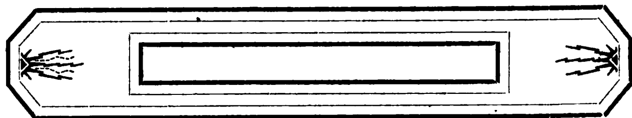
¡Ah!—exclamó Isabel como aliviada de un enorme peso.

Y ahora que lo sabe Vd. todo—profirió Aurelio—dígame si puedo abrigar alguna esperanza.

Pues bien—dijo Isabel con un arranque violento—yo... ¡yo también te amo!...

En aquel momento apareció la tía y todos marcharon al salón.





X



Los días que siguieron al en que Aurelio se declaró á Isabel, fueron, como él decía, los más felices de su vida.

Joven, lleno de esperanzas y sin pensamiento alguno que agoviara su existencia, veía la vida por el lado bueno, como vulgarmente se dice. Leal, inteligente y trabajador, se ganaba el aprecio de todos.

El era simpático y precisamente en el hotel donde paraba había un joven casi de su misma edad, llamado Ventura, no menos agradable y simpático que él.

A los pocos días de haberse conocido ambos

jóvenes sellaron el pacto de su amistad con un soberbio apretón de manos.

Desde aquel momento los nuevos amigos fueron inseparables.

En todos los negocios en que Aurelio tenía que intervenir, Ventura era su indispensable compañero.

Ventura había obtenido una cariñosa acogida tanto por parte de Isabel como de su tía cuando fué presentado á ellas por su amigo.



Mire doña Lola— habíale dicho Aurelio á la tía de su prometida—como V. comprenderá bien, yo, viviendo solo, aislado, entregado á manos mercenarias, estoy muy mal...

¿Y á qué viene todo eso amigo mío?—le preguntó doña Lola.

Eso quiere decir—contestó el joven—que yo necesito una familia; así como Vds. necesitan un hombre que inspire algún respeto...

Todavía no comprendo á donde va V. á parar.

Pues á proponerle sencillamente vivir en su compañía, ya que no está lejana la hora de nuestro matrimonio.

Y Aurelio dirigió una amorosa mirada á Isabel.

Esta bajó la vista, encendido el semblante, y en la agitación de su pecho se demostraba el efecto que le causaban las palabras de su prometido.

Aurelio continuó:

Dígame ahora si mi petición es aceptable ó nó.

Excusado es decir que doña Lola que había tenido ocasión de apreciar la delicadeza del joven, aceptó.

Aurelio se encontraba anticipadamente satisfecho con la nueva vida que iba á disfrutar.

Isabel se mostraba solícita y cariñosa y doña Lola le profesaba el afecto de una madre.

Solo una persona había quedado disgustada con aquel arreglo.

Era Ventura.

El joven, sin que él mismo pudiera explicarse la razón, notaba que su amistad respecto á Aurelio iba entibiándose en la proporción que aumentaba su afecto hacia Isabel.

Cuando Aurelio le consultó sobre el arreglo que había hecho, le contestó violentamente:

Eres dueño de hacer lo que quieras pero no me parece bien esa disposición, porque dará lugar á que padezca la reputación de Isabel.

¿Qué es lo que quieres decir con eso? —le preguntó Aurelio sorprendido.

Qué no está bien visto que un joven soltero vaya á vivir en compañía con su novia.

¿Qué es lo que te atreves á suponer?—preguntó Aurelio mirando severamente á su amigo.

Lo que cualquiera supondría en mi caso.

¿Que yo trato de ofender á Isabel?

Desde luego—dijo Ventura con acento forzado.—Lo que es á mí no me haces creer que todo lo que pretendes es desinteresadamente.

¡Calla! Creí que tenías formado mejor concepto de mí.

Y Aurelio se separó de su amigo visiblemente disgustado.

Durante todo el día estuvo reflexionando sobre lo que Ventura le había dicho, dando por resultado la resolución adoptada de construir un pequeño pabellón en el jardín para de este modo vivir en familia aunque no bajo el mismo techo.

Sin embargo, esto también desagradó á Ventura.

Y mostró su disgusto de una manera tan impertinente que Aurelio hubo de preguntarle:

¿Quieres explicarme qué es lo que te sucede?

¿Por qué me lo preguntas?

Porque observo en tu conducta un cambio que no me explico y creo no haber dado motivos para ello.

¡Bah! esas son aprensiones.

Creo que no, porque también Isabel y doña Lola lo han advertido.

Mucha confianza han adquirido contigo esas señoras!—dijo Ventura irónicamente.

Pues... si algo he podido hacer por ellas ha sido por efecto de las circunstancias en que me he hallado y que me encuentro en la actualidad.

Y que te lo agradecen bien.

Nada he hecho para que me lo agradecieran.

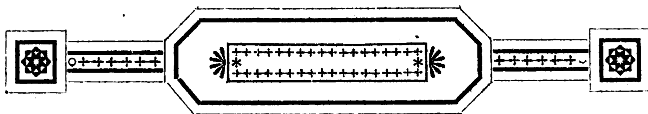
¡Valiente desinterés!

¡Vaya, chico, déjame en paz!

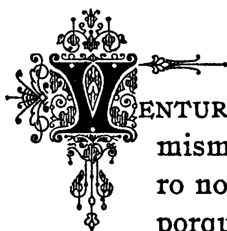
Ambos amigos se separaron.

Así fué andando el tiempo.





XI



VENTURA observaba algo extraño lo mismo en Isabel que en Aurelio, pero no podía explicarse lo que era, porque tanto la una como el otro guardaban la más absoluta reserva.

Aurelio recelaba mucho de su amigo y se lo había participado á la jóven.

Había empezado á dudar de él desde que vió lo falaz de sus actos y su incomprensible conducta.

A la anterior expansión, á aquella manera de ser, franca y leal de Ventura, había sucedido cierta doblez que mortificaba mucho á quien tan noble y confiado se había portado siempre.

20

Cuando Ventura hablaba con Aurelio lo hacía con acento irónico.

¿Qué causa motivaba aquel cambio?

Aurelio lo presumía.

Ventura sentía por Isabel una impresión puramente sensual.

La rara belleza de la jóven encendía los deseos de Ventura, que hubiera dado gustoso todo lo que poseía á ser posible comprar la posesión de aquella mujer.

Pero eso era imposible.

Isabel no era de las mujeres que venden su amor.

Vencida por el cariño podría sucumbir; pero por el interés nó.

Ventura conocía el terreno que pisaba.

En su consecuencia pensó seguir otro camino que lo condujera al mismo fin.

Isabel y doña Lola recibían á Ventura con la misma confianza que dispensaban á Aurelio.

Ventura, aprovechando un día la ocasión que esta deferencia le prestaba, dijo á Isabel:

Señorita, tengo que hablarle de un asunto.

¿Y por qué no lo dice?—le preguntó la jóven sorprendida.

Porque no es necesario que su tía se entere.

¿Y qué tiene de particular?

Nada; pero conviene que no sepa ahora de lo

que se trata. V. se lo dirá después. Venga al jardín y hablaremos.

Curiosa la joven por saber lo que Ventura quería decirle, y sin sospechar lo que pudiera ser, se decidió á bajar al jardín.

Ventura la acompañó.

Vamos—dijo Isabel—ya puede V. decirme todo lo que quería.

¿Y no sospecha V. lo que yo quiero decirle?

¿Cómo he de sospecharlo?

Hay cosas que se adivinan fácilmente.

Pues yo no poseo el don de la adivinanza, y si eso es lo que tenía que comunicarme, no vale la pena haber venido hasta aquí.

¡Oh, no se impaciente! Ya hablaremos de algo interesante.

Pero hable de una vez y no perdámos el tiempo...

¿Llama V. perder el tiempo cuando está á mi lado?

Mientras no se hace nada provechoso...

Ventura se mordió el labio y guardó silencio.

Isabel al verlo callado, le preguntó con tono burlón:

¡Qué! ¿ha perdido V. el habla?

Es que me he arrepentido de lo que le he dicho.

¿Por qué?

Porque su ánimo no está tan dispuesto como el mío.

¿Qué disposición de ánimo es la suya para que necesite una predisposición de mi parte?

¡Ah! temo decírselo.

Pues no lo diga.

Isabel, que empezaba á comprender lo ridículo de la situación, trató de retirarse.

Ventura la detuvo, diciéndole:

Espérese un momento.

¿Para qué?

Para hablarle, ya se lo dije.

Sí, pero no acaba de hacerlo.

Bueno, escuche; no quiero que diga que la entretuve inútilmente.

Bien hable, para poderle contestar.

¡Ah! ¿presume V. lo que voy á decirle?

No, pero es lógico responder cuando se le dice á una algo.

¡Qué ingrata es V.!—dijo Ventura al cabo de algunos momentos.

¡Ingrata yo! ¿Y por qué?

Porque no ha observado V. el efecto que sus encantos han causado en mi corazón.

Yo no reparo nunca nada de eso—exclamó Isabel malhumorada.

¡Ah! para mi desgracia.

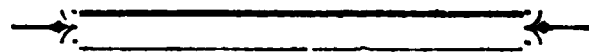
No he pretendido hacer desgraciado á nadie.

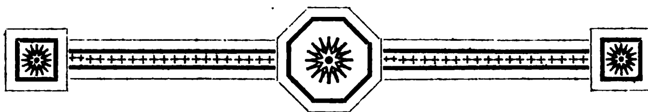
Mire, Isabel; me es imposible acallar la voz

de mi corazón. Desde que la vi he sentido una sensación desconocida; he procurado explicármela y por fin he comprendido que la amo, que para mí no hay en el mundo nada más que su amor, mi único deseo, que la sola aspiración de mi vida es que V. corresponda á mi pasión, la felicidad de mi esperanza.

Antes de dar este paso he vacilado mucho, porque conociendo mi inferioridad para la posesión de tan inmenso bien, y temiendo, por otro lado, recibir un desengaño, he ahogado la voz del amor; pero entre sufrir con la incertidumbre y sufrir con la verdad, por horrible que ésta sea, vale más sufrir con ella, pues vivir de otro modo me sería también imposible.

Ahora dígame V. si soy digno de alguna indulgencia, y la merezco porque al hacerle traición al amigo he consultado con mi conciencia... pero la pasión ha triunfado de la amistad.





XII



ISABEL no podía dar crédito, por muchos esfuerzos que hacía, á lo que estaba oyendo.

Había, sí, advertido en Ventura algo que llamaba su atención; pero no creía que fuera porque estaba enamorado de ella.

La novedad que había notado en Ventura la suponía hija de la envidia; pero también ignoraba cuál era la causa.

Así, pues, en los primeros momentos se quedó como petrificada, sin poder contestar.

Si ella hubiera previsto la idea de Ventura, no le hubiera dado ocasión para que se declarara.

Isabel permaneció durante algunos momentos como sobrecojida por la impresión que acababa de recibir.

Ventura la contemplaba en silencio.

Y así como Isabel se había engañado respecto á los sentimientos de Ventura, éste tambien se equivocaba respecto á las causas que originaban el silencio de la joven.

Creía que era hijo de la natural cortedad que experimentaba Isabel para responder á un asunto tan grave.

Y esperó, creyendo que la contestación no podía serle desfavorable.

En su ceguedad no veía que en Isabel había mas bien disgusto que la confusión de quien recibe de improviso una noticia, que aunque pueda halagarle, siempre es comprometida para una joven.

Ventura, entre dudoso y confiado, y deseando saber á qué atenerse, dijo:

¿Ha comprendido V. lo que le he dicho?

Isabel, al verse interrogada, contestó:

Sí, señor.

¿Podré esperar?...

Me ha sorprendido tanto lo que me ha comunicado...

Pues yo creí que V. había notado lo que mi corazón sentía.

Convengamos entonces en que la torpeza ha sido mía.

Vea V. lo que son las cosas—dijo Ventura, que quería adelantar terreno—yo había creido que V. conocía mi pasión y que la alentaba.

De ninguna manera.

¿Cómo?

Mire—prosiguió Isabel, como adoptando una resolución—¿á V. le agradaría que yo le hable con franqueza?...

Sí; porque precisamente la cualidad mas apreciable en una persona es la sinceridad.

Isabel comprendió que era necesario terminar de una vez.

Antes de dar motivo para que Ventura le reprochara algún día el haberle engañado, creía preferible romper abiertamente según el aprecio que hiciera de su franqueza.

En su consecuencia, le dijo:

Yo siento que V. me haya puesto en este compromiso, porque apreciándolo como á un amigo, temo que mis palabras interrumpan esa amistad.

Es decir, que mi petición...

Mi corazón no la acepta, y no crea que es por desden ó menosprecio á la persona que con ella me ha honrado.

¿Es decir que desdeña V. mi amor?

Si yo no lo desdeño; es que no puedo aceptarlo.

¿Acaso no cree V. en él?

¡Oh! jamás le haría tal ofensa.

Entonces...

¿Ignora V. que el corazón no admite mandatos?

Pero se le puede imponer la voluntad; y si V. comprendiera la grandeza de mi amor, lo doloroso que es para mí su negativa, si V. pudiera preveer, tengo la seguridad de que su corazón obedeceria á su voluntad y su amor iría creciendo conforme se convenciera V. de la bondad del mío.

Le concedo la razón si la voluntad me perteneciera.

¿Cómo?

Que ni la voluntad ni el corazón me pertenecen; ¿á qué negarlo? Mi corazón, V. lo sabe bien, hace tiempo que ha hecho su elección y V. comprenderá que sería indigno, tanto para V., como para mí, que yo faltara al juramento empeñado, mintiéndole un afecto que no siento.

¿Tanto ama V. á Aurelio?

¡Sí!—respondió la joven con calor.

¿Y por él me desprecia V.?

Yo no le desprecio; es que no puedo aceptar su amor.

¿Por qué?

Porque el afecto no se puede guiar por don-

de una quiera; él mismo busca el afecto que le es agradable; el mío encontró el afecto que necesitaba, en Aurelio.

¡Oh! muy miserable ha sido su conducta así como la de V. ha sido bastante cruel para conmigo.

¿Qué es lo que V. dice?—exclamó Isabel mirando á su interlocutor.

Que cuando se ama como amo yo, cuando con ese amor se sueña y se encuentra en él la vida, la felicidad, y en lugar de hallar la misma recompensa por parte de la mujer amada, se le corresponde indignamente... ¡ah! no es extraño que el amor degenere, y lo que era antes pasión se convierta entonces en implacable odio. ¿Qué superioridad sobre mí ha encontrado V. en Aurelio?... ¡Ah! no sé que efecto me han causado sus palabras...

Siento que por mí sufra V. y se desespere; ahora... acerca de los méritos que hallé en uno y no en otro, no puedo contestarle porque esa pregunta es impertinente. ¿Cree V. que mi corazón ha hecho el resumen de los méritos de Vdes. para hacer su elección?

Ha amado porque debía amar, porque ha encontrado otro corazón á cuyo eco ha respondido... y le suplico que para continuar así terminemos de una vez esta entrevista que dará por resultado interrumpir nuestra amistad.

¿Más de lo que V. la ha interrumpido?

¿Yó?

Sí; V. acaba de romper el lazo que hasta ahora nos unía. Y si al amor sucede la ira... ya verá V. y... su novio de lo que soy capaz.

Y como no he dado motivo para que se me hable así después de haberme portado tan leal... me retiro—exclamó Isabel con dignidad.

¡Cuidado!...

Las amenazas solo me inspiran desprecio.

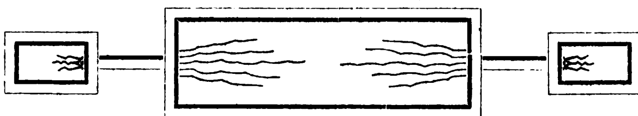
Y la joven volvió la espalda al impetuoso enamorado, quien quedó absorto por la brusca desáparición de Isabel.

Al cabo de un rato murmuró Ventura con una voz en que se traslucía la cólera que lo embargaba:

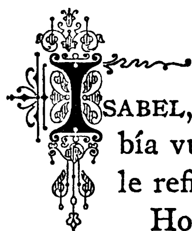
¡Sí, gocen con mi desesperación que yo gozaré con mi venganza!

Y se retiró sin despedirse de nadie.





XIII



ISABEL, profundamente disgustada, había vuelto al lado de su tía, á quien le refirió todo lo ocurrido.

Hondo sentimiento causó á doña Lola el relato de su sobrina, y cuando ésta le dijo que se lo iba á contar á Aurelio para que estuviera prevenido por si Ventura maquinaba algo, profirió:

Haces mal; ¿quieres, conociendo su carácter, exponerle á un lance desagradable?

De todos modos Ventura le ha de comunicar algo.

Sí; pero se abstendrá de decirle las amenazas que te ha hecho. Así, pues, no debes revelárselas, para evitar un disgusto.

Isabel comprendió lo justo de la observación, y cuando Aurelio le preguntó la causa de la preocupación que advertía en ella, la joven le contestó que Ventura la había requerido de amores.

Lo siento;—murmuró Aurelio.— Ahora me tendrá una antipatía atróz.

Tendré que hablarle para aplacar su enojo.

Yo en tu lugar no le diria nada.

Siempre es bueno favorecer al desgraciado.

Pero como ese favor es precisamente el que no puedes hacerle, porque es el favor de mi amor....

Sí; pero como él ha de suponer que tú me has dicho lo ocurrido, es bueno que yo le hable algo.

Y en tal disposición de ánimo, Aurelio procuró tener una entrevista con su amigo.

Ventura había reflexionado, y como era astuto y disimulado, comprendió que provocando un lance empeoraría la situación; y como esto no le convenía para el plan que meditaba, ocultó su rencor y fingió la mayor complacencia.

Así fué que Aurelio no pudo notar en su amigo el despecho que sentía.

Solo advirtió en él la tristeza propia de quien ha experimentado un gran disgusto.

¿Qué te pasa, Ventura?—le preguntó Aurelio cariñosamente.

¿Por qué me haces esa pregunta?—interrogó á su vez el interpelado.

Porque te veo triste, y como bajo el imperio de un sufrimiento que tambien me apéna.

Mal hecho...

¿Que yo sufra con tus penas?...

Bueno, déjame, y no te preocupes tanto por mi persona.

¿Es decir, que me guardas rencor por lo que ha pasado?

¿Qué es lo que has dicho?—preguntó Ventura mirando fijamente á su amigo.

Que todo lo sé y que lo siento.

¿Todo... y lo siente?... —dijo Ventura como hablando consigo mismo.

Sí, Isabel me lo ha contado. Y como tú comprenderás yo no sospechaba que tú la amaras; sus hechizos, su virtud, y su desgracia, hicieron germinar en mi corazón el amor...

¿Y á mí qué me importa todo eso?—dijo Ventura profundamente disgustado.—Déjame y no hablemos más de ese asunto.

Sí, hablemos de él, porque si mi voluntad fuera suficiente para mejorar tu situación, sacrificaría mi amor.

¡Bah! ¿por qué dices eso?

Porque es la verdad.

Si Isabel te amara más á tí que á mí, y solo por cumplir su palabra consintiera en ser mi

esposa, ten por seguro que la dejaría en completa libertad.

¡Notable heroismo!— exclamó irónicamente Ventura.

De indiscutible verdad—añadió Aurelio:

Como sabes que no me hallo en ese caso...

Increible me parece que hables así; tú me conoces y sabes de lo que soy capaz.

Todos decimos lo mismo cuando estamos libres de ciertas situaciones... En fin, no hablemos más de eso. Tú no has de sufrir por mí.

Aurelio se sintió profundamente ofendido por el rencor con que su amigo le hablaba. El había ido á consolarlo y recibía en pago una acogida que no podía ser más desagradable.

Desde aquel instante la amistad de ambos jóvenes sufrió un golpe rudo.

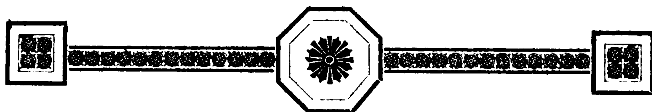
Aurelio se apresuró á ir á casa de Isabel y le comunicó lo que había.

Un presentimiento angustioso, algo que oprimió su corazón, pasó por la mente de la jóven, porque exclamó con acento triste:

¡Oh! Ten cuidado!...

Aurelio le dió toda clase de seguridades á Isabel, y ésta quedó aparentemente tranquila.





XIV

TRES días después de los acontecimientos referidos, al declinar de una tarde, se dirigió Ventura á uno de los barrios más extraviados de Jesús del Monte, y entró resueltamente en un cafetín.

Indudablemente era conocido en dicho lugar, porque el dueño del establecimiento le salió al encuentro diciéndole:

¡Hombre! ¿á qué ha venido Vd. por aquí? Con haberme mandado un aviso yo hubiera ido á donde don Ventura...

¡Silencio! no pronuncies aquí mi nombre.

Bueno; ¿pero á qué viene Vd. aquí?

¿Conoces á Periquillo?

¡Ya lo creo! Es un valiente.

¿Donde está?

¿Lo conoce V.?

Sí.

Pues mire allí está sentado en aquel rincón... ¿Quiere que lo llame?

¿Para qué?

Y Ventura se dirigió al sitio donde estaba Periquillo.

El dueño del cafetín quedó monologando de este modo:

¿Para qué querrá este caballero á ese bribón? Cuando este señor lo busca tal vez será para algún negocio de esos que se pagan bien.

Ventura había llegado junto al hombre que buscaba.

Periquillo era un hombre alto, fornido, rostro aceitunado, mirada sombría, frente reducida y labios gruesos.

Acababa de perder al dominó y se encontraba furioso.

Pero en cuanto Ventura se acercó á él, se levantó diciendo:

¿Me necesitaba V.?

Sí, tengo que hablarte.

Vámonos de aquí.

Será lo mejor.

Salieron del café, y una vez en la calle, se-

guros de que nadie podía escucharlos, dijo Periquillo:

Bien, ¿qué tenía que decirme?

Que mañana pienso dar el golpe.

Está bien, ¿y qué hemos de hacer nosotros?

Tú sujetas bien á la tía de la muchacha, y los otros, si álguien hay por allí, que impidan que vaya al jardín, ¿entiendes?

¡Ya lo creo!

Por lo demás, tú sabes que pago bien cuando se me sirve á mi gusto.

Demasiado lo sé. ¿Y á qué hora?

A las ocho llegaré yo á la casa y ya Vds. deben haber asegurado á la tía; entonces yo me apodero de la muchacha, si grita la amordazo y me la llevo.

¿Y si ese álguien de quien me habló V. opone resistencia?

Se suprime y nada más.

Corriente.

Toma para que pagues á la gente.

Y Ventura entregó á Periquillo unos cuantos pesos.

Hecho esto se retiró murmurando:

Veremos á ver si es Aurelio ó yo quien gana la partida.

Y Ventura, halagado con esta idea, entró en su casa.

Isabel y su tía estaban intranquilas.

Ambas tenían presentimientos tristes, los cuales se acentuaron al ver entrar á Ventura, quien, fingiendo olvidar lo pasado, había recuperado la confianza que le dispensaban y era recibido en la casa con franqueza.

Después de un rato de conversación, se acercó el joven á Isabel y le dijo:

Quiero despedirme de V. pero deseo hacerlo en el jardín porque allí recibí de V. un desengaño.

¿Se marcha V.?—preguntó la joven.

Sí—contestó Ventura ofreciendo el brazo á Isabel quien, no desconfiando de él, se decidió á bajar al jardín.

La noche era bastante tempestuosa.

Los relámpagos surcaban la atmósfera á cortos intervalos.

Acababan de dar las nueve cuando un silbido imperceptible se dejó oir.

¿Ha oido Vd.?—preguntó Isabel á Ventura.

No, no he oido nada.

Y el acento del joven vibró tan brusco que Isabel se extremeció.

Intentó marcharse pero se detuvo rápidamente y quedó como clavada en el suelo, sin fuerzas para nada.

Una sombra había pasado ante ella.

¡Ah! Isabel,—murmuró Ventura con acento meloso y sin notar el estado de la joven—no

sabe V. lo que yo la quiero... Yo no me marcho... todo ha sido una cábula mía para hablar con V. sin testigos... Conque vamos á ver, decídase y deje á ese *estudiantillo*.

Oiga V.,—exclamó Isabel que recobró su presencia de ánimo ante el insulto que envolvía la palabra *estudiantillo*—delante de mí no tolero que nadie trate de ofender á Aurelio...

Claro, como que tiene V. su dinero y su amor...

¿Qué quiere V. decir con eso?—preguntó Isabel indignada.

En aquel instante un rumor que partió del interior de la casa cortó la palabra á la joven y trató de huir.

Ventura la detuvo.

¿Pero no oye V. que algo sucede á mi tía?

El miserable soltó una carcajada, y asiendo á Isabel por un brazo, le dijo:

A V. nada le importa lo que sucede en su casa...

¡Cómo!

Que conmigo es con quien tiene V. que entenderse.

¿Está V. en su juicio?

Y tan en mi juicio que ahora va V. á venir á donde yo la lleve.

¡Yo!

Sí, usted.

Isabel retrocedió.

Pero el joven se arrojó sobre ella y levantándola en peso trató de huir.

En aquel momento un hombre se interpuso en su camino y cogiendo á Ventura por un brazo, le dijo:

¡Miserable!

¡Maldición!—exclamó el raptor, dirigiendo su revólver contra el aparecido que no era otro que Aurelio.

¡Tú lo has querido!—exclamó éste descargando un bastonazo sobre la mano de Ventura quien soltó el arma.

Aurelio se apoderó de ella.

En aquel momento aparecieron dos hombres.

¡A mí!—exclamó Ventura.

El primero que se acerque—gritó Aurelio—le desbarato el cráneo.

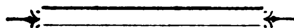
Los hombres no hicieron caso y avanzaron.

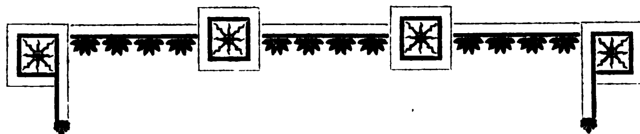
El novio de Isabel disparó el revólver.

Un rugido feroz se dejó oir.

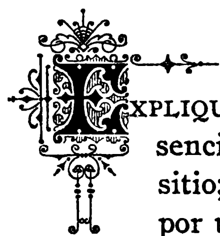
La bala había herido levemente á uno de los cómplices de Ventura, ó sea á Periquillo.

Este y su otro compañero, viendo que el asunto tomaba caracteres no previstos por ellos, tuvieron á bien ponerse en salvo.





XV



XPLIQUEMOS en dos palabras la presencia milagrosa de Aurelio en aquel sitio; y decimos milagrosa, porque por una casualidad pudo llegar tan á tiempo para salvar á su amada.

Aurelio, aquella noche, había salido de su casa con objeto de asistir á la junta que celebraba una sociedad de cuya Directiva formaba parte.

Lo desapacible del tiempo hizo que concurriera un corto número de socios, por cuyo motivo hubo de suspenderse la junta.

Aurelio marchó á su casa, y como tenía otra llave de la puerta del patio, entro sin necesidad de llamar.

Vió que estaba la puerta de la casa cerrada, precaución tomada por Periquillo, y creyendo que la familia estaba acostada, lo cual no se explicó toda vez que otras ocasiones lo habían esperado, se dirigió á su habitación, cuando creyó ver en la parte más frondosa del jardín, una mujer hablando con un hombre.

Sin darse cuenta de ello, á la vez que sentía el corazón dolorosamente oprimido, se fué acercando junto al lugar en que creyó ver á los contertulios.

Aurelio fué la sombra que advirtió Isabel.

Tan cerca llegó que reconoció á su novia y á su amigo.

No pudiendo comprender como, estando la casa cerrada, estuvieran Isabel y Ventura en el patio, se decidió á oir, si podía, la conversación sostenida entre ambos.

Las pocas palabras que pudo escuchar, principalmente el calificativo con que Ventura lo había designado, le indignaron de tal suerte que, embargado por el coraje, tuvo intención de abofetear á su falso amigo, si la prudencia no lo hubiera contenido.

Sin embargo, cuando comprendió la idea de Ventura, es decir, cuando vió á Isabel en peligro de ser raptada, no pudo contenerse y lleno de ira salió al encuentro del miserable.

Después del disparo en que Periquillo salió tan mal librado, dijo Aurelio:

Ventura, ese *estudiantillo* á quien V. se ha referido, es más decente que V. y no abusa de la debilidad de una mujer, ó mejor dicho, de dos mujeres, como lo está V. haciendo; ese *estudiantillo* no es tan cobarde como V...

¡Yo, cobarde!...—articuló Ventura.

¡Sí, cobarde! Y estoy dispuesto á hacerle el honor de probárselo en la forma que V. quiera.

¡Aurelio!—se apresuró á decir Isabel interponiéndose entre ambos hombres.

¡Vete, vete tú!—dijo Aurelio á Isabel.

Sí, váyase, que su amigo se lo manda—observó Ventura irónicamente.

Yo no mando—profirió Aurelio—porque no tengo derecho para ello; y aunque lo tuviera no haría uso de él; y basta de digresiones. Explíqueme terminantemente que significa todo esto.

Yo no acostumbro á dar explicaciones.

Pues se la exijo. Precisamente se ha colocado V. en el terreno que yo quería...¿Cree V. que no hago más que hablar?

Es decir, ¿que busca V. pendencia?

La busco cuando se me provoca.

Siento no poder servirle porque yo no me dejo imponer voluntades.

Yo tampoco repito dos veces las cosas.

¡Basta! Es preciso que esto acabe cuanto antes.

¡Acabemos! — exclamó Aurelio adelantándose.

¡Aurelio!—gritó Isabel—deja á ese hombre.

Bien—dijo Ventura—tiempo nos queda de ventilar este asunto y tenga presente que yo no rehuso lance alguno.

Mañana lo buscaré.

Me encontrará; y conste que no me bato sino á muerte.

Acepto el reto; asi pondré coto á sus osadías.

Y yo á mi estorbo.

Pues hasta la vista.

Y Aurelio, previsor, condujo hasta la puerta de la calle á su adversario.

En seguida y antes de cambiar una sola sílaba, Isabel y Aurelio entraron en la casa.

Lo primero que se presentó á la vista de ambos jóvenes, fué la infeliz doña Lola, tendida en el suelo, maniatada, y casi rendida por la asfixia: Periquillo y su cómplice habían colocado un pañuelo en la boca de la indefensa señora, fuertemente ligado con una cuerda la cual desató Aurelio.

Cuando la tía de Isabel logró reanimarse, merced á los auxilios que le prestó Aurelio, contó que así que salió Isabel con Ventura, se avalanzaron dos hombres sobre ella; que trató

de gritar pero que se lo impidieron amordazándola; que después la amarraron y por último, que vió correr á los dos hombres, pero que, falta de respiración, perdió el conocimiento.

Aurelio relató á su vez lo sucedido en el jardín y explicó el motivo de su oportuna presencia en aquel lugar.

Cuando concluyó, tía y sobrina hicieron desistir á Aurelio de su propósito de desafiar á Ventura.

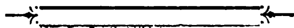
Aurelio se exasperó ante la idea de que su enemigo fuera á tomar aquella acción como cobardía.

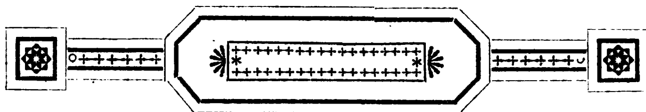
Pero doña Lola é Isabel se dieron tal maña que lograron convencerlo.

Aurelio, con marcado disgusto, prometió echar tierra sobre lo pasado.

Pero el hombre propone y...... el diablo dispone.

En el capítulo que sigue tendremos ocasión de ver como Ventura desbarató los nobles propósitos del novio de Isabel.





XVI

L día siguiente Ventura insultó públicamente á Aurelio.

Varios amigos intervinieron en el asunto, pero todo fué inútil.

Aurelio, exasperado por lo grave de la provocación, no consintió algún arreglo.

Ventura fué de los que más hablaron respecto del suceso.

El duelo siguió su curso; y Ventura tuvo el descaro de indicar á Isabel el día y hora en que debía de verificarse, no precisamente por temor á batirse, sino por ver si, haciéndole pasar un mal rato, evitaba el desafío, y tener entonces motivo de reirse de la situación ridícula en que quedaría Aurelio.

Pero todo fué en vano, y el duelo se llevó á efecto.

La suerte de las armas fué desfavorable á Ventura.

A pesar del valor de que dió pruebas, Aurelio, más diestro en la esgrima, le hirió en el pecho con tan mala suerte para Ventura que cayó al suelo sin conocimiento.

¡Doctor!—exclamó Aurelio—sálvelo V. si puede.

Es mi deseo—dijo el médico apreciando la gravedad de la herida.

Inmediatamente trasladaron al paciente á su casa.

Todos hacían visible la ansiedad que les dominaba.

El movimiento de cabeza hecho por el doctor, era bastante significativo.

¿Es mortal la herida?—preguntó Aurelio con angustia.

Sí,—respondió lacónicamente el médico.

¡Ah! no era esa mi idea... Sálvele V. la vida.

Tenga V. la seguridad que haré todo lo posible.

Pocos momentos después quedaron solos los padrinos de Ventura y el médico.

El herido no había recobrado el conocimiento.

¿Qué hacemos?—preguntó uno de los padrinos.

Avisar á la familia de este infeliz—contestó el doctor.

¿Tan grave es la situación?

Si Dios no hace un milagro...

¡Qué dice V.!

Lo que V. oye.

Entonces yo mismo iré á avisar á su familia; estas comisiones no me agradan porque generalmente no suelen dar resultado satisfactorio.

Bien, vaya V. Quizás cuando vuelva no haya recobrado el conocimiento.

¡Qué desgracia!

Y ¡qué noticia para la pobre familia!

El doctor mandó á buscar á otro compañero amigo suyo, porque no fiándose exclusivamente de su ciencia, quería contar con otra colaboración.

Pero á pesar de todo el desenlace fué fatal para Ventura, y penoso para Aurelio.

El infortunado joven falleció á las pocas horas, y así como Polifemo suspiró al morir el nombre de Galatea, Ventura, en sus últimos momentos, balbuceó imperceptiblemente:

Isabel.

....

Transcurrió un año.

Y Aurelio, que ya se había recibido de abogado y ejercía la profesión con éxito satisfac-

torio, rindió tributo, uniéndose á Isabel, á Himeneo, númen del amor, protector de los afectos castos, personificación del indisoluble lazo que la religión consagra y la sociedad respeta según el grado de moralidad que alcanza.

Todos los años, cuando la Iglesia celebra la conmemoración de los fieles difuntos, van ambos esposos al Cementerio, y con el corazón cubierto de luto, colocan sobre la fosa que guarda los restos adorablemente bendecidos de un ser idolatrado, un cariñoso recuerdo. ¡Oh dolor!

¡Lloran!

Pero sus penas no las exhalan por medio de quejas y exclamaciones.

La muerte, á pesar de su terribleza, no les intimida, ya sea porque la miren como el término de una vida azarosa, ó bien porque desconozcan las exageraciones por cuyo medio se llama la atención acerca de los signos del dolor.

¡Lloran!

Pero sin murmuraciones ridículas, y sus lágrimas, que son la esencia del corazón, las perlas divinas del alma, las enjugan sin que por ello dejen de sentir lo que han perdido.

¡Ah, ese llanto silencioso, ese secreto desgarramiento del corazón, es más terrible que todas las borrascas de la naturaleza!

Cuando verdaderamente se sufre, cuando se trata de las grandes crísis del corazón, las ma-

nifestaciones de las penas suelen ser silenciosas y graves, como es grave y silenciosa la corriente de un río, siendo grande su raudal y hondo su lecho.

El horror que inspira la muerte es un preservativo para la vida; es una sabiduría el habérnoslo inspirado.

Respetemos los profundos arcanos de la Providencia.

Pero ¿no sería mejor hacernos considerar nuestro fin como una recompensa y no como un castigo?

*
* *

¿Qué es esta decantada existencia con todos los halagos que puede apetecer la soberbia, con todos los laureles que puede soñar la ambición?

Campo de batalla en que nunca termina la refriega, en que no basta triunfar para ser dichoso, en que cada victoria aumenta el número de los enemigos, y donde es necesario luchar todos los días, hasta en los de la cansada vejez, so pena de morir menguadamente á manos del más cobarde y menos digno!...

He ahí la vida en toda su terrible realidad.

Más aún.

Un continuo combate que no cesa, que no puede cesar hasta que nuestra alma, al marcar

el reloj del tiempo el fin de la vida, no se desligue de la carne para remontarse á su orígen.

¡Oh! los designios de la Providencia!

Ante el poder de su incontrovertible magestad se inclinan, con resignación sublime Isabel y Aurelio.

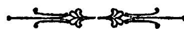
Y derrama sus más puras y fervientes lágrimas sobre la tumba que guarda los venerando despojos del desaparecido en la noche eterna.

¡Ah! Si el llanto sincero sirviera de ejemplo y purificara el alma de los que se mofan al contemplar entre el polvo de apiñados muertos una horrible calavera... la humanidad habría avanzado bastante en pos del fin á que ha sido destinada.

FIN



EL INFUSORIO



MONÓLOGO

ESCRITO EXPRESAMENTE PARA LA NIÑA LUCIA DEL CASTILLO Y GIL.

(LA ESCENA REPRESENTA EL CUARTO DE UNA ACTRIZ)

¡A lo que ha llegado el arte!

¿Han observado ustedes á tantos actóres y actrices que blasonan orgullecidos de un mérito artístico que no poséen?

¡Qué osadía!... Yo, con los datos que me ofrece la experiencia moderna, tan adelantada en arte, pero en esa «verdad artística y *natural* fundida en el bronce indestructible de que han sido heroicos artífices Talma, Bocage,» etc., completamente convencida *veredicto* impasible, es

decir, ríome de tantos actores frustrados y actrices de pacotilla.

¡Oh, el arte! ¿Conocen ustedes á Lucía Gil?

¡Sí!

¡Vaya, me alegro! Esa sí es una verdadera actriz! Y no vayan ustedes á figurarse que la apología que hago de su mérito sea el resultado del cariño que le profeso; nó: es que todo el que la admira sobre el proscénio, aplaude en ella á la sacerdotisa del arte de la Dorval.

Yo quiero mucho á Lucía; ser algo de ella es una gloria; así es que yo disfruto dos glorias: la de ser su hija y discípula en el arte... iba á decir de Romea, pero recordé que *Lemaître* y *Salas* vienen á ser lo mismo en este país, donde los matices artísticos no pueden discutirse.

Aquí el arte, como lo entiende el *público mamey de Santo Domingo*, según dijo el Conde Kostia, lo componen Cádiz, Certámen, etc.

¿Qué valen Burón y Roncoroni, aunque éstos tengan los *piés* del tamañito de la torre *Eiffel*, comparados con Robillot? ¡Oh, el arte!

Pero como las opiniones son permitidas, continuaré hablando de mi querida Lucía.

Mía porque es mi madre; y de ustudes...¡qué ha de ser de ustedes!... no faltaba más! Mía y de papá solamente.

¡Vaya! Pues no tienen ustedes pocas pretensiones! ¡Si seré yo tonta!

Ella es mía y yo soy suya.¡ Qué dicha! ¿Eh? Porque es verdaderamente gustoso pertenecer á una *personita* tan linda, tan delicada.

Esto dice papá; y cuando él lo afirma debe ser cierto.

Verdá usté?— Ya lo creo! Si seré yo tonta!

¡Hombre, á propósito de Lucía!

No solamente es ella una actriz concienzuda, sino que también es aficionada á las letras.

Porque han de saber ustedes que se puede ser Cristóbal... *Colón* sin haber descubierto las Américas; escritor sin conocer la gramática, y crítico sin haber visto nunca el forro de una retórica.

Lucía, deseosa de ocupar un lugarcito de ese «carro de Ixion» que se llama literatura contemporánea, y que alguien ha calificado de «Bestia negra,» se propone escribir una obra.

Tema: Los infusorios.

El asunto, á pesar de su sencillez, es algo escabroso, porque, para conocer exactamente la existencia de esos seres inverosímiles que se agitan en el mundo y examinar esa infusa plaga, es necesario impetrar el auxilio de la ciencia.

Yo, en tal caso, me proveería del instrumento óptico que con tanta habilidad perfeccionó el famoso Chevalier; porque las magnitudes de

los infusorios son tan reducidas, que fácilmente se escapan á la más vulgar investigación.

Después, hecha una física, me dispondría á investigar hasta qué punto la naturaleza produce seres que tienen condiciones aparentes para la vida; recogería una sola gota de ese mar grandioso que forma la juventud, y la colocaría en la platina del aparato óptico: entonces comprendería hasta qué extremo son admitidas las inverosimilitudes y las negaciones juveniles.

Aplicando la vista al cristal del microscópio el objetivo trasmitirá, con lujosos detalles, el modo de ser de los infusorios.

¡Oh! prodigio de la ciencia!

A su influjo poderoso se presentarán á mi vista en toda su pequeñéz.

Ora agitándose, ora revolviéndose, demostrarán hasta la evidencia sus caprichosas formas.

Si los observo detenidamente hallaré en ellos una semejanza perfecta con los seres racionales. La misma conformación, los propios movimientos; y considerados bajo su aspecto moral—hasta ese punto investigaré—encontraré idénticas inclinaciones y costumbres.

Si concreto mi observación á uno cualquiera, en su fisonomía notaré rasgos y detalles femeniles.

Es completamente lampiño; un ligero bozo sombrea sus labios; sus manecitas parecen buriladas.

Sus piés, calzados con elegantes botines confeccionados en «El Modelo,» se pierden bajo los pliegues de un ancho abrigo—para esta clase de *heroes* la temperatura es siempre intensamente fría—construído á la *derniere*.

Está descubierto; su tocado es sencillo: en su sedosa y perfumada cabellera se nota la maestría que distingue á Domingo.

No usa pendientes ni postizos.

Estos detalles no los anoto como datos para la investigación del sexo; porque hay damas que suprimen esos adornos y hombres que colocan en sus orejas relucientes anillos de oro.

¡Y hay cartílagos auriculares que para destacarse en toda su magnitud, no necesitan tales relumbrones auríferos!

El infusorio, por ejemplo, se halla sentado en una silla inmediata á una mesa de café.

El café es la escuela de las modernas costumbres y el ateneo de todas las clases sociales.

Los movimientos del infusorio y el tono de su voz son afectadísimos; mientras mas se esfuerza en imitar al hombre, más se afemina.

Con gravedad que quiere hacer natural, pero

que resulta fingida, parece decir:— Soy un hombre!

Pero su voz se pierde y su estatura disminuye. Varios individuos, elegantemente vestidos, lo rodean, formando con él perfecto contraste.

Son jóvenes alegres y desocupados, condiciones de consecuencias fatales para el pobre infusorio.

Los tonos de la animada conversación que sostienen y las sonoras carcajadas, trascienden á la legua á *faldas*.

El infusorio, sin aturdirse y con gran desembarazo, lleva á sus labios una copa de aguardiente pomposamente llamado rom, y lo apura de un sorbo, como si fuera lo que pretende ser.

Es verdad que no disimula un gesto que equivale á un grito comprimido de: ¡candela!— pero el agua neutraliza los efectos del alcohol.

Es necesario no mostrarse débil, piensa nuestro *heroe*, y resuelto á consumar toda clase de sacrificios, enciende un cigarro.

¡Bebe y fuma!

Ya no necesita aprender más para arrostrar los mayores peligros.

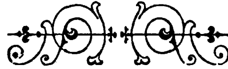
Las glándulas salibares, excitadas por la nicotina, ejercen activamente sus efectos, y el mocito escupe á menudo, pero por el colmillo.

¡Chitón!

Satisfizo al auditorio
Este Monólogo?
¡Yés!
Tu gusto entonce haz notorio
Tributando á mi INFUSORIO
«Un aplauso, dos ó trés.»

Francisco M. Montesino.

Habana, 1891.





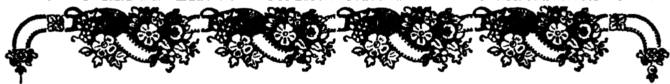
PARA PEDIDOS

y toda correspondencia respecto de
este libro, dirijanse al autor

Francisco M. Montesino,

OBISPO NUM. 1.

HABANA.




3 2044 048 083 950